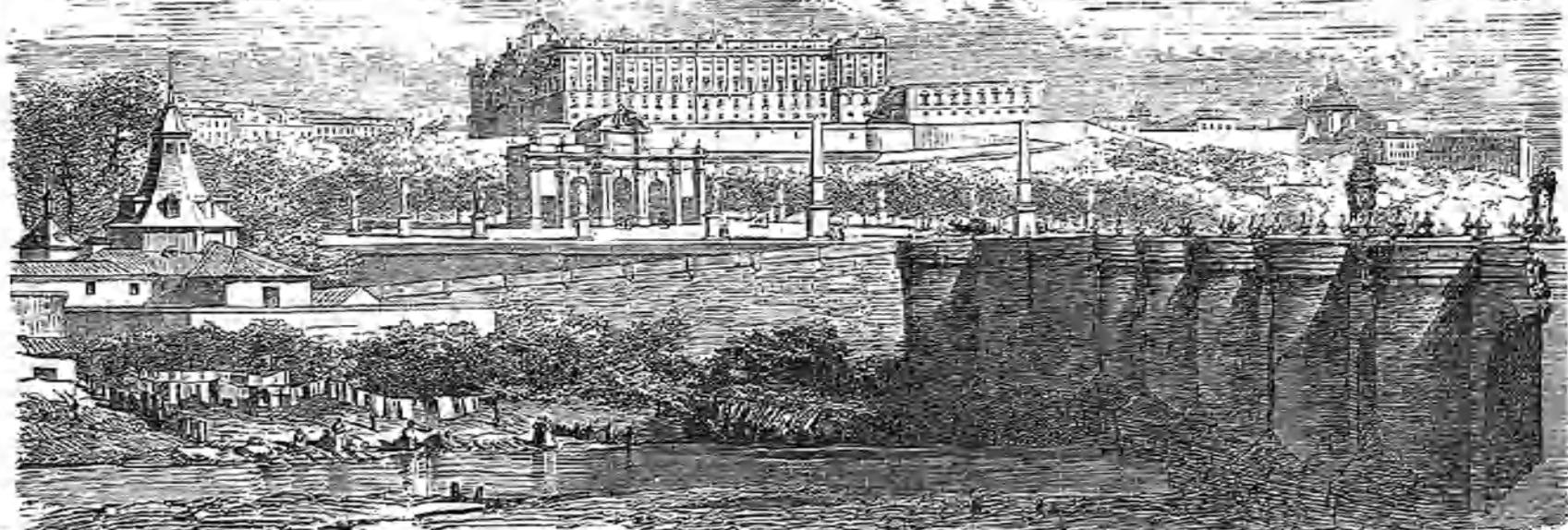


# LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 12 DE ABRIL DE 1870.

NÚM. 7.º

## SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Adalardo Fernández Flores.—La Bendición de las palmas, por don Angel Acilés.—Cédula de indulto del siglo XV, por el doctor Thelissen.—El autor y el público, por D. S. de Lillo.—El Caballo blanco de la prensa política, por D. Luis Rivera.—Rodrigo (romances), por don Francisco Luis de Retoz.—Revista de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Jare.—Don Adalardo López de Ayala, por A.—Don José María de Beranger, ministro de Marina.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernández Bremon.—La Semana Santa, por B.—Revista científica, por D. José Genaro Monti.—El pié, por D. Julio Monreal.—El pantano de Lorca.—El peñón de guerra del gran cardenal Mendoza, y la espada de Bombón, por B.

GRABADOS.—D. Adalardo López de Ayala, fotografía de Laurent.—Pantano de Lorca, del mismo.—D. José María de Beranger, ministro de Marina, del mismo.—Bandera del gran cardenal Mendoza, dibujo de D. Valentín Escobar.—Mesa de patitorio, de D. Francisco Torraz.—Procesion de Semana Santa en Patencia, de don José Casado del Alisal.—Bendición de las palmas, dibujo de D. Carlos Mógica.—Puñal de Bombón, fotografía de Laurent.—Jeroglífico.

## ECOS.

Un día y otro caminamos alegres y descuidados, cautando nuestros placeres entre ese rumor que se levanta al cielo desde la tierra, y que es la respiración de las ciudades.

Pero un día llega también un que el hombre, tan descuidado y alegre, detiénese al hollar las más tempranas

flores de la primavera. Sus pies han tropezado con un sepulcro.

Los cantos de alegría espiran en su garganta: se agolpan las lágrimas á sus ojos, y dobla la frente con respeto y amor. Aquel sepulcro es el de Cristo.

Entonces va á los templos y fortalece allí su alma. ¡Qué misterio en aquellas sombras que llenan la anchurosa nave! ¡Qué sagrado terror inspiran aquellos crepúsculos que cubren la desnudez de las paredes! ¡Qué triste susurro el que flota en aquella atmósfera de pálida luz y que despiden los lábios como instrumentos del universal concierto en que el hombre eleva á Dios sus oraciones!

Después... la sociedad sigue su camino. Las iglesias vuelven á la tranquilidad acostumbrada. El hombre ha entrado nuevamente en el taller y en la fábrica: á las voces del órgano sucede el estrepito de las máquinas, el trabajo á la oración.

Pero dejar la oración por el trabajo, no es ofender á Dios: es únicamente variar la forma de adorarle.

Hay en Madrid gran número de mujeres hermosas. Id á la Fuente Castellana, á los conciertos, á los teatros, y convendréis en ello.

Pero si después de ver en esos sitios á las damas que tienen por su belleza más nombradía en la corte negais el hecho, aún sé que puedo convencerlos: esperad que llegue un día de Viernes Santo; dad una vuelta por



DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

los sitios que la multitud invade, y reconocereis vuestro error. Los balcones de las casas os habrán parecido canastillos de flores y las aceras de las calles festones de piedras preciosas.

En Madrid, la hermosura goza de una reputación usurpada. Hay media docena de mujeres que todos citamos como el último esfuerzo de la naturaleza en la creación de lo bello. El secreto de su fama es que nos las encontramos á todas horas y en todos sitios, en la calle, en el paseo, en el teatro; allí donde se puede ostentar un adorno ó recoger un suspiro.

Pero existen en Madrid cien bellas de más valía: cometas de la hermosura, que sólo aparecen en épocas determinadas y por breves instantes. Cuando en luz os hiere, quedáis deslumbrados; pero, ¿quién no olvida pronto la dicha de un minuto?

Cruzad en el día que se celebra con una procesion alguna festividad religiosa las calles que recorre la comitiva. ¿Cuánto rostro desconocido que os asombra por su belleza! ¿De dónde ha llegado esta encantadora legión de hermosuras? ¿Así fuerais de mármol, que no podríais resistir á ese hechizo semblante medio oculto por la mantilla de terciopelo, ni á esos ojos que os miran por entre los revueltos calados de la blonda!

Fuera de estas grandes solemnidades, esas bellezas desconocidas yacen en el fondo del agitado mar de la corte. Es preciso que se realice un gran acontecimiento, que una sacudida inusitada conmueva ese mar, para que esos tesoros aparezcan en la superficie.

Ya sabrán Vds. que entre las mejoras que se proyectan en el Parque de Madrid figura el establecimiento de una escuela de natación.

Ignoro si esta idea ha sido inspirada por la sensible repelición de un hecho allí ocurrido no há mucho tiempo.

Cierto prójimo entró en una de esas cáscaras de nuez que flotan en las aguas del estanque. Este individuo, en un momento de distracción sin duda, sacó los pies de la barca y dió con su humanidad en el fondo.

El accidente afortunadamente no tuvo para el protagonista más carácter que el de una abducción general; pero acaso ha hecho comprender al municipio la conveniencia de que sus administrados aprendan á vivir en el agua.

No es tan solamente el interés de la conservación del individuo lo que debe impulsar al hombre á hacer suyo el medio de locomoción natural en los peces. Sobre esa consideración bien mezquina á la luz de la filosofía hay otra: la de la dignidad humana.

Yo recuerdo que un amigo mío, uno de los hombres más ilustres de España, cuya sabiduría era tan grande que lo único que ignoraba era el modo de nadar, se cayó en una profunda charca, en la cual una tarde se entrega, ha al ejercicio de la peseta, por ser esta, según decía, la única ocupación compatible con la serenidad de la ciencia.

Por fortuna pudo asirse á la caña de otro pescador, que le sacó al aire como si fuera una tenca.

El rostro del hombre ilustre no estaba pálido, sino bañado con el color de la púrpura. Hubiérase dicho que el agua fría le había producido el efecto que produce á un cangrejo el agua caliente.

Cuando pudo hablar, le pregunté la causa de este fenómeno.

—Es el rubor, amigo mío, me contestó con su natural bondad, es el rubor de la ignorancia.

¡Frase profunda, con la cual quería manifestar que toda la sabiduría del hombre pudiera trocarse en ciertos momentos por las aneas de un renacuajo!

A evitar hechos tan despreciosos para la dignidad humana tiende sin duda el establecimiento de una academia de patos en el Retiro.

He leído en un periódico que se publica en la capital del vecino imperio, que allí se va á presentar un proyecto que tiende á combatir y disminuir el vicio de la bebida.

No dice el tal periódico quién presentará el proyecto; pero harto se comprende que no será obra de ningún tabernero.

Esta noticia me ha traído á la memoria los debates que tuvieron lugar el año pasado en el Cuerpo Legislativo francés acerca de los derechos que debía imponerse á los aguardientes.

Varios diputados pedían que se gravase en exceso este artículo, para atacar indirectamente el detestable abuso que de él se hace entre sus compatriotas. La moralidad

iba á obtener victoria, cuando un diputado se levantó de su asiento y dijo, poco más ó menos, lo siguiente:

—¡Señores! ¡Extraño mucho que en esta Cámara se tienda á encarecer ese precioso líquido, pues me consta que entre mis ilustrados colegas no hay uno sólo que antes de venir á la sesión no se haya tomado un par de copitas!

La observación del orador influyó benéficamente en el precio de los alcoholes.

Los moralistas sagrados y profanos han censurado siempre la unión entre dos viudos.

Yo tendría, sin embargo, en poco el parecer de los moralistas, si no hubiera sido aprobado últimamente por los vecinos de las calles del Espíritu Santo, y de Cervantes, en las cuales ha habido dos terribles *cencerros*.

—Pero hombre, gritaba desde un balcón á uno de los músicos un vecino de esta última calle: ¿le parece á usted regular, que porque en esa casa haya buda de viudos, tenga yo que bailar de desesperación toda la noche al son de los cencerros?

—La amistad, contestaba el interpelado dejando de tañer una horrible bocina, tiene crueles deberes: nosotros venimos en representación de los cónyuges difuntos!

La prensa ha protestado contra estos espectáculos indignos de un pueblo culto.

Á mí me extraña, en efecto, que un país tan filarmónico como el nuestro construya aún esas preocupaciones musicales.

Los trabajos practicados en el puerto de Vigo con objeto de extraer del fondo del mar las riquezas que los galcones de las Indias allí emergidas traían á España, obtienen un gran resultado.

Dinero, que es lo que se busca, no se ha encontrado todavía; pero en cambio se han extraído algunos cacharros mejicanos.

¿Qué satisfacción para los socios de la empresa! Quién sabe. ¿Acaso alguna de esas vasijas haya pertenecido á la vasta colección de cerámica de aquel gran cocinero que presentaba diariamente doscientos platos en la mesa de Motezuma, ó tal vez sea la copa servida á Hernán Cortés con dulce amor y regalado néctar por doña Marina, ó la pila ante la que dobló su cabeza el rey de Tezcucó, al recibir en muestra de un doble vasallaje el agua del bautismo!

Y, sin embargo, seguro estoy que alguno de los socios de la empresa dice al dependiente de la misma que vaya con los cacharros históricos en la mano á exigirle el pago de los dividendos:

—Puede Vd. llevarse los pucheros y el recibo... al Museo Arqueológico.

El 28 del pasado Marzo hubo una corrida de toros en Londres.

Dice el *Daily Telegraph* que el espectáculo pudo tener fatales consecuencias. Mientras el toro sufrió la suerte de napa, la concurrencia encontró aceptable el juego; pero no bien un picador mató al pincho al animalito, cuando los ingleses, como si hubieran recibido el reñazo en sus propias personas, alzaron un clamoreo espantoso: el redondel desapareció bajo una lluvia de gorras y sombreros.

Después Mr. John Colan—descendiente sin duda del inventor del ilustre pantalón que lleva este nombre—bajó al cinco y pidió en representación de la Sociedad protectora de animales, de la cual es secretario, que se prendiese á los diestros.

Por fortuna, algunos españoles que allí estaban reclamaron con desahogada voz y ademanes contra semejante medida. Disolvióse el público; llevaronse el toro á la enfermería de la Sociedad y... tronó la empresa.

Yo recuerdo haber leído una obra, en que se afirmaba ser muy dudoso que el hombre tenga derecho á dar muerte á los animales.

Sin embargo, el autor hacía una concesión muy interesante, sobre todo para los cuadrúpedos.

Decía que es licito matar á un animal, si se tiene el propósito de comarlo.

¿Les parece á Vds. extraña esta teoría?

Pues si lo meditan Vds. bien, reconocerán que es la misma que sostienen y propagan los humanitarios individuos de la Sociedad protectora de los animales de Londres.

Y apropósito.

En Inglaterra se acaba de hacer el ensayo de un descubrimiento destinado á producir una revolución militar... y literaria. La pólvora va á ser reemplazada por un papel inflamable y explosible.

Es un papel químico, con el cual lo mismo puede tirarse un periódico que un cañonazo.

Preveo que si los amantes dan en gastar ese papel en sus cartas, llenas de frases ardientes, van á ocurrir lamentables desgracias.

Este descubrimiento ofrece también nuevos medios al crimen.

¿Le estorba á Vd. alguien? Pues tome Vd. un pliego del *papel-pólvora*, haga con él una montera como esas que gastan los muchachos de inclinaciones belicosas, colóquela Vd. en la cabeza del que ha elegido por víctima, y preuda Vd. fuego á una punta del *arbitrio*...

Si su enemigo de Vd. no muere—como es probable—al menos tendrá Vd. el consuelo de dejarle calvo.

Uno de los médicos que están hoy de moda en París es el doctor Bosniéres.

Su especialidad consiste en ser vacunador de señoras y en operar debajo de la rodilla, á fin de que la huella de la viruela quede en sitio no muy visible.

El doctor tiene en su casa un gabinete lleno de pequeñas cintas, unas de raso, otras de seda, estas de terciopelo, aquellas de goma, blancas, negras, azules, amarillas, con broches, con camaflecos, con corazones, con palomas, con fotografías.

Cuando se le pregunta el mérito de aquella extraña colección, contesta:

Mis clientas se afectan de tal modo durante la operación, que las más se dejan olvidadas las ligas.

Trátase de hacer en la plazuela de Bilbao un jardín inglés y un monumento español.

Se quiere reemplazar el murrallón que está delante del ministerio de la Guerra con una verja de hierro.

Se dará gran impulso á las obras del viaducto de la calle de Segovia.

Se harán cuatro puentes de hierro para colocarlos en el Prado y sobre el paseo de los coches, en determinados días...

Como se ve, nuestro municipio, activo y celoso, en tanto que adquiere dinero con que hacer obras, hace proyectos. Conducta previsora.

Se ha establecido en esta corte una empresa sanitaria con el título de *La Sanitífera*, cuya misión tiene por objeto atender á las enfermedades del vecindario por la módica retribución mensual de 4 rs.

Deseo la prosperidad de la empresa, y de los enfermos á cargo de la misma; pero estas dos cosas me parecen incompatibles.

Claro está que los ingresos de la sociedad seguirán las fluctuaciones del estado sanitario de la población. Cuantas más pesetas en la sociedad, menos salud en el público. Los tiempos bonancibles para *La Sanitífera* serán los de epidemia.

Así es, que si quiere Vd. desear un imposible á los *acionistas* de la misma, deseales Vd., como á cualquier prójimo... *Salud y pesetas*.

Leo en un libro de proverbios árabes:

«Los grandes ríos, los altos y copudos árboles, las plantas saludables y los hombres de bien, no hacen para su propio provecho, sino para ser útiles á sus semejantes.»

¿También entre los árabes es vulgar la idea de que los pillos han nacido para aprovecharse de los hombres de bien?

Filarmonía:

En los conciertos se dará la Pastoral de Bestowen: en la Zarzuela se ensaya *El Gran Bandido*.

Comprendo que se traduzca á fusas y corcheas la soledad del campo y el arroyo y la fuente y hasta las chicharras y los grillos, pero... ¡poner en música á un doliente!

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

## LA BENDICION DE LAS PALMAS.

La ceremonia de la bendición de las palmas el Domingo de Ramos, primer día de Semana Santa, ceremonia cuyo origen se remonta al tiempo de los Apóstoles, tiene por objeto conmemorar la entrada de Jesucristo en Jerusalem, cinco días antes de ser crucificado.

San Mateo, que fué el Evangelista que escribió primero acerca de la Vida, Pasión y Muerte del Hijo de María, dice así:

«En aquel tiempo acercándose Jesús á Jerusalem, luego que llegaron á la vista de Bethphagé al pie del monte de los Olivos, despachó á dos de sus discípulos, diciéndoles: id á esa aldea que se vé enfrente, y sin más diligencia encontraréis una asna atada y su pollino con ella; desatadlos y traedmelos. Que si alguno os dijere algo, respondedle que los há menester el Señor; y al punto os los dejará llevar. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el Profeta: «decid á la hija de Sion: «Mira que viene á tí tu Rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo.» Idos los discípulos, hicieron lo que Jesús les mandó; y trajeron el asna y el pollino y los aparejaron con sus vestidos, y la hicieron sentarse encima. Y una gran muchedumbre de gente tendían por el camino sus vestidos; otros cortaban ramos ó hojas de los árboles y los ponían por donde había de pasar. Y tanto las gentes que iban delante como las que venían detrás, clamaban diciendo: «Hosanna: gloria al Hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor!»

Así dijo el Evangelista en lengua hebrea unos ocho años después del tremendo drama del Gólgota, que abrió nuevos horizontes al linaje humano. Por eso comienza la Iglesia católica con la solemnidad de las palmas la conmemoración de la Pasión y Muerte del Dios hombre.

Esta, que es una de las primeras dominicas del año, se llama *dominica ramarum, seu florum, seu palmarum*, Domingo de Ramos, de las flores ó de las palmas, aludiendo á la manera con que fué acogido Jesús al entrar en la antigua Sion. También recibió este día el nombre de *pascua petrum, seu compentencium*, de la costumbre de pedir el símbolo ó credo aquellos que habían de bautizarse para hacerse cristianos; el de *capitularium*, porque las madres llevaban las cabezas de sus pequeños para que fueran limpios á recibir el agua bautismal; y de las *indulgencias*, porque los soberanos aprovechaban esta solemnidad para otorgar la gracia del indulto á los presos y condenados á muerte: costumbre que, trasladada al Viernes Santo, aún dura en España.

Un hecho histórico importantísimo nos recuerda que también solía llamarse el Domingo de Ramos Domingo de Pascua florida. Cuando el almirante Ponce de León arribó á la costa oriental de la América del Norte, puso el nombre de *Florida*, por haberla descubierto en tal día del año 1519.

Con grandísima solemnidad se celebra en los países católicos la ceremonia de la bendición de las palmas y la procesion de Ramos. Reunido el pueblo en los amplios espacios de la catedral ó en el reducido recinto de la ermita, vestidos de gala y fiesta y llevando amarillas palmas, tales como la naturaleza las ofrece, ó como la habilidad y la devoción las adornan, comienza el acto con ceremonias y proces de los sacerdotes, acompañadas del canto religioso y los acordes del órgano. Corrientes misteriosas de perfume y armonía; ondas sonoras que llegan al oído y del oído al alma el inspirado acento de la uncion religiosa; blancas nubes de incienso que se difunden por las altas bóvedas y cuyo suavísimo olor deleita los sentidos; reflejos de seda, terciopelo, plata y oro; luz que penetra por los pintados vidrios de las ojivas y rosáceas tomando sus colores y matices; luz que despiden en largos rayos los cirios y las velas de los altares.

Aun aquellos en cuyos corazones se ha amortado ó desaparecido el sentimiento religioso, no pueden prescindir tan grandioso espectáculo sin experimentar una sensación indefinible de admiración y de respeto; y es que la religion, aun en sus menos perfectas manifestaciones, despierta y desarrolla los mejores impulsos del alma humana, como prestan al arte los más hermosos elementos con que siempre ha tratado de realzar el ideal de la belleza. El arte antiguo se manifiesta en toda su plenitud, reproduciendo los dioses de la mitología, y el arte cristiano crea las catedrales, admirables antes de cuanto pueden producir, unidas con el más noble objeto, la arquitectura, la escultura, la pintura, la música, la poesía y la elocuencia. Pero volvamos al objeto principal de esta línea.

Acabadas las oraciones que marcan el rítual, y á que antes nos hemos referido, procede el celebrante á bendecir las palmas y los ramos de los sacerdotes que le han acompañado en las anteriores ceremonias; bendición que se extiende á las que con este objeto mismo ha llevado el pueblo. Después se verifica la procesion, que recorre el circuito del templo saliendo fuera de él á más ó ménos distancia, según las costumbres particulares de cada poblacion. Al regresar se adelantan dos ó más sacerdotes, penetran en la iglesia y cierran tras sí la puerta. Llegados á ella los demas ministros y acompañantes, cantan los de adentro y les contestan los de fuera el himno *Gloria, lux*. Terminado éste, el subdiácono toca á la puerta del templo con el astil de la cruz, la puerta se abre y entra la procesion entonando cánticos. Celebrase acto seguido una misa solemne, y concluye la funcion religiosa.

La apiñada multitud sale entonces del templo llevando palmas y ramos ya benditos, y es de ver el afán en sí es no es profano con que los jóvenes, situados á la puerta en dos largas filas, miran y remiran á las muchachas que van pasando acompañadas de sus respectivas mamás. Una imperceptible sonrisa, una mirada de soslayo, una seña que crean comprender sólo dos personas y que sin embargo entiende todo el mundo, indican el deseo de trocar cuanto antes la palma por el mirto. ¡Felicese vosotros los que así podéis ocupar nuestro pensamiento! No es ese el de aquellos ancianos que salen también de la iglesia, agobiados ya por los años ó por los achaques. Confundidos van todos, niños y viejos, ricos y pobres, porque la iglesia es la casa donde todos son iguales, donde el magnífico traje de seda y la costosa mantilla de blonda se rozan y confunden con el humilde vestido de percal y la tosca saya de estameña.

Las palmas benditas sirven para adornar los balcones de las casas, y especialmente en provincia apenas hay balcon ó ventana que no estén engalanados de esta manera. Hasta tal punto llega la fé de algunas familias en los pueblos de España, que se consideran más seguros de tormentas y rayos con la bendita palma, que con cien agujas de las que inmortalizaron el nombre de Franklin. Esas mismas familias guardan los ramos para que sirvan de amuleto en la cuna del recién nacido, para rociar con agua bendita el rostro del que yace en el lecho de muerte, para ornar el féretro de la jóven doncella; y como ramos y palmas se renuevan de un año á otro, al sustituir con el último el anterior, arrojan éste al fuego para que no pueda ser profanado.

Antiguamente se celebraba la bendición de las palmas y la procesion de los Ramos fuera del pueblo para imitar mejor la entrada de Jesús en la ciudad santa. Donde más propiamente se verificaba esta solemnidad era en Jerusalem. El Domingo de Ramos por la mañana salía la comunidad de la orden de franciscanos del convento de San Salvador; seguíanla los peregrinos y los demas cristianos que se hallaban en la ciudad, y todos se encaminaban á Bethphagé, lugar situado á corta distancia de Jerusalem, entre esta poblacion y la de Betania.

Ya allí, entonaban cánticos y proces; y seguidamente el padre guardián, imitando á Jesucristo, enviaba á dos religiosos por el asna, preparada de antemano con su pollino en el sitio que marca la tradición.

El padre guardián bendecía entonces los ramos y las palmas del pueblo, y al regresar los religiosos enviados, tomaba una palma, montaba sobre la borriec enjaezada lujosamente, y se dirigian todos en procesion á Jerusalem entonando cánticos de alabanza. El trayecto desde Bethphagé hasta la ciudad se cubria literalmente de capas, vestiduras, palmas, ramos y flores: de modo que la barra sobre que iba el padre guardián, no tocaba ni una vez á la tierra del camino.

El padre Fr. Antonio del Castillo, que presencié esta solemnidad á principios del siglo XVII, dice acerca de ella las siguientes palabras, tan gráficas como sencillas:

«En mi tiempo habia en Jerusalem un jumentillo que habia hecho aquella entrada catorce veces, y estaba ya tan habituado á aquella funcion, que siendo muy juicioso, aquel día caminaba tan humilde y sosegado que parecia tenía juicio, según iba de sosegado; y adonde veía que el asno no estaba ó con capa ó con otra ropa, ó flores ó otra cosa alguna cubierto, no quería caminar ni dar paso alguno. Y siendo así que el trecho que hay desde Bethphagé á Jerusalem no es muy pequeño, jamás pone el jumento los pies en tierra descubierta.»

La procesion de Ramos y la bendición de las palmas, tales como las hemos descrito, dejaron de celebrarse poco después de verlas el padre Castillo, á causa de no poder satisfacer los cristianos al bajá de Jerusalem los excesivos derechos que por ello les imponía la autoridad mahometana. Hoy aquellos actos se verifican como en los demas puntos católicos.

En Roma es donde la procesion del Domingo de Ramos se celebra suntuosamente aun hoy día; pero su descripción sería demasiado larga, por lo cual la omitimos, remitiéndonos á la que hace el Sr. Bastia en su curiosa obra *Conmemoracion del desicidio*, que nos ha suministrado abundantes datos para el presente artículo.

No concluiremos, con todo, sin decir algo acerca del interesante suceso en virtud al cual disfruta una familia de San Remo, pueblito de la costa de Génova, el privilegio exclusivo de proveer de palmas para la festividad del Domingo de Ramos á todas las iglesias de Roma.

Transportado en tiempo del emperador Calígula á la ciudad de las siete colinas, habia en Roma un colosal monolito procedente del alto Egipto, donde sirviera en tiempos remotos para adornar un templo dedicado al sol. Su peso era de 983.387 libras romanas, y de más de 100 pies su altura.

Algunos pontífices habian pensado levantar en medio de la plaza de San Pedro un obelisco, del que formara parte, como aguja, este magnífico trozo de granito; pero la dificultad de la empresa habia arrojado hasta al mismo Miguel Angel, á ese genio incomparable que concibió y pintó el juicio final, y que indudablemente habria llevado á cabo este intento extraordinario, si para ello hubieras bastado emplear la inmensa fuerza de su talento poderosísimo.

Un hombre de genio también, el Papa Sixto V, fué el que realizó los deseos de sus predecesoras.

Habiendo llamado á concurso á los más célebres arquitectos de la época, eligióse entre los planes propuestos el del jóven Domingo Fontana, que ayudado de ochocientos obreros, ciento cincuenta caballos y sesenta máquinas, puso en práctica su proyecto el 10 de Setiembre de 1585.

Como en momento tan solemne importaba no distraer la atención del arquitecto y sus auxiliares para que, dadas y oídas claramente las órdenes, se ejecutasen con precisión y rapidez, impuso Sixto V pena de muerte á todo espectador que se atravesara á pronunciar una palabra durante el acto.

Comenzaron las maniobras, y el pesado monolito principió á elevarse muy despacio. A él se dirigian millares de miradas; pero ni una sola voz, ni el casi imperceptible ruido del aliento, turbaba la operacion atrevidísima.

Llegó un instante en que el inmenso trozo de piedra dejó de ascender, y fácil es de calcular el espanto de Fontana, de los obreros, de la apretada y silenciosa muchedumbre, del pontífice mismo. Todos ignoraban el motivo de aquella súbita detencion.

Entonces una voz ruda y penetrante, la voz de un hombre acostumbrado á las maniobras marítimas, exclamó:

— ¡*Acqua alle funi!*— ¡Agua á las cuerdas!

Y en efecto, Fontana ordenó acto continuo mojar las cuerdas, y la colosal operacion tuvo el éxito que todos anhelaban.

Al dar tan oportuno consejo, sólo pensó aquel marino en evitar que á causa del rozamiento se incendiases las cuerdas y cables; pero sucedió que contraídos éstos al recibir el agua, arrastraron consigo la colosal aguja hasta la altura necesaria.

Sixto V, logrado su objeto por aquel medio maravilloso, quiso recompensar al que lo habia propuesto y preguntóle qué gracia queria que le otorgase. El marino, cuyo padre poseía un basquetillo de palmeras cerca de Génova, pidió para el autor de sus días y para toda su descendencia el privilegio exclusivo de surtir de palmas las iglesias de la Ciudad Eterna en la solemnidad del Domingo de Ramos. Como es grandísimo el número de ellas que en tal día se gastan en Roma, la familia del marino de San Remo logró acumular una fortuna más que mediana, que aun subsiste.

Todos los años, pues, á contar del inolvidable de 1585, hacen la travesía desde San Remo á Civitta-Vecchia una multitud de faldas genovesas cargadas con palmas que han de bendecirse en la capital del mundo católico; y si por acaso la tormenta agita sus negras alas sobre aquellos marinos, las palmas son para ellos áncora de salvacion: arrojan algunas al encrespado mar, en la poética y tradicional creencia de que esto basta para calmar el ímpetu violento de las olas embravecidas.

## CÉDULA DE INDULTO DEL SIGLO XV.

La circunstancia de publicarse este número de LA ILUSTRACION DE MADRID en los días de Semana Santa nos mueve á insertar en él, con licencia de su autor y suponiendo que no desagradará á nuestros lectores, la siguiente carta:

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ ALVAREZ DE TOLEDO, XVIII DUQUE DE MEDINA SIDONIA, ETC. ETC., ETC., MADRID.

*Respetabilísimo Señor:*

Muy señor mío y de todo mi afecto: Hace pocos días que registrando algunos legajos de antiguos manuscritos españoles, comprados no há mucho en su país de us-

«toda la mi justicia civil é criminal que me pertenece é «pertenece pueda é deba en cualquier manera, por razon «de todos los crímenes é delitos é maleficios fechos é com- «metidos en mi tierra é señorío hasta hoy por cuales- «quier personas, é las penas á que por ellos son ó deben «ser condenados de justicia, quier sean ó deban ser de «muerte ó lision ó destierro ó otras penas corporales ó «pecuniales provistas en derecho por razon de los dichos «delitos, seyendo aquellos perdonados por las partes da- «ñificadas á quien los dichos crímenes é delitos tocan, é «non habiendo partes que dellos quejen, su suyo agravi- «vio é perjuicio sea. Por ende yo vos mando que así lo «fagais luego pregonar é notificar por toda la dicha mi «tierra é señorío, en manera que á todos sea notorio para «que los tales delinientes vengan ó envíen ante mí á

«añadé, que como estas cosas dan loor, es razon que lo «lleve el dicho duque de Medina.»

Curiosa, por lo separada que se halla de nuestras costumbres, es una de las cláusulas del testamento de este duque. Habla en ella del riquísimo tesoro que tenía encerrado en una de las cuerdas de la célebre y magnífica fortaleza de su villa de Niebla: dispone cómo ha de custodiarse desde el día de su fallecimiento hasta que personalmente la duquesa doña Leonor, su esposa, y don Enrique, su hijo, juntos y no el uno sin el otro abran las puertas y penetren en la estancia con el criado Juan de Barahona y con el oficial de los libros Gonzalo Hernandez: éstos jurarian guardar secreto de lo que allí viesen, y haciendo dos porciones del tesoro, las entregarían á la duquesa y al hijo. El alcaide de la fortaleza prestaría



MESA DE PENTORIO.

ted, he hallado uno, curioso á mi juicio y relacionado con uno de los poseedores de la casa y título que usted lleva en la actualidad.—Es la cédula ó carta original de indulto concedido á sus vasallos por D. Juan de Guzman el Viernes Santo del año 1494. Hállase perfectamente conservada y escrita sobre una hoja de papel fuerte de hilo que mide 27 centímetros de largo por 21 de ancho, con la conocida filigrana de *mano y estrella*; consta de 22 renglones de letra *cortesana*, algo confusa, sin contar los que ocupan las firmas autógrafas del *duque* y de su *secretario*, y, salvos los yerros que pueda yo cometer al verificar el traslado, el documento á que me refiero dice así:

«YO DON JUAN DE GUZMAN DUQUE DE LA CIUDAD DE «MEDINA SIDONIA conde de Niebla, señor de la noble «ciudad de Gibraltar, fago saber á vos los concejos, al- «caldes, alcaldes, alguaciles, é los trece regidores é ju- «rados, caballeros, escuderos, oficiales é omes buenos de «toda mi tierra é señorío é á cada uno de vos: Que por «reverencia é acatamiento de la semana santa en que us- «tamos é de la muerte é pasión que en tal día como este «viernes santo de la cruz, nuestro redemptor Jesu-chris- «to recibió por salvarnos, el qual usando de su infinita «clemencia quiso perdonar é perdonó dando á nos ejem- «plo é santa doctrina para que otro tanto hayamos de ha- «cer, é por qué por su piedad perdone las animas de los «duques mis señores mi padre é abuelo, que santa glo- «ria hayan, é la mía cuando á sí la placiera llevaria, é «guardar é acrecentar mi vida é estado é de la duquesa «mi muy amada mujer, he acordado remiir é perdonar

«me notificar é hacer saber en lo que cada uno es culpa- «do, é las penas á que han sido condenados los que sen- «tenciados estuvieren, porque visto lo susodicho, non «quitando el derecho que pertenece á las dichas partes «dañificadas que perdonado no obieren, les mandaré dar «mis cartas de perdon en la forma que para el remedio de «cada uno convenga.—Fecha veinte é ocho días de mar- «zo, año del nacimiento de nuestro salvador Jesuxpto de «mill é quatrocientos é noventa é quatro años.»—

«EL DUQUE.»

«Por mandado del duque;  
*Rodrigo de Sigüera.»*

Presumo que esta cédula se escribió en Sevilla.—Atendidas su fecha y cabeza, no hay duda en que fué expedida por D. Juan Perez de Guzman y Mendoza, un duque de Medina Sidonia y v conde de Niebla, quien poseyó estos y otros estados desde 1492 á 1507. Hállase, al decir de los más autorizados cronistas, en las tomas de Málaga, Granada, Alora y Setenil, y contribuyó eficazmente á sofocar la rebelion de los moros de las Alpujarras.—Al expresado duque se debieron las importantes conquistas y la reedificacion de Melilla y de Ceaxna, en los años de 1497 y 1506.—Cuantiosas sumas gastó en esta empresa dirigida por sus criados Pedro Estopiñán, Gomez Suarez, Garcia de Leon Vandaló, Maribó de Rivera y otros hábiles y expertos capitanes.—El ingenio Pedro Barrantes asegura que D. Juan de Guzman fué «el primero que ganó y sustentó pueblo en Africa, y,

pleito-homenaje de no recibir á nadie en el castillo, don- de harían guardia noche y día cuatro regidores para que no se hiciese fraude ni engaño en el tesoro.

Inútil fué la prevision del rico é ilustre antepasado de Vd. El discolo y turbulento prócer D. Pedro Girón, marido de doña Mencía de Guzman, hija del testador, diz que fué quien partiendo por entero recogió los ciento treinta cueros que en monedas de oro y plata formaban aquel depósito, que en vano habían procurado tener seguro las torres y barbancas de Niebla, y la prudencia, cautela y buen deseo de D. Juan de Guzman.

Perdone Vd., señor duque, que distraídamente haya de- jado correr la pluma dándole noticias que para Vd., tan versado en la historia de su casa y linage, son sin duda sobradamente conocidas. Separádomos de este camino, y suplicando á Vd. que considere tachados los tres pá- rrafos anteriores, dire que la cédula de perdon es de al- gun interés histórico y legal, pues ella podría servir de dato seguro para fijar la época en la cual el derecho de indulto quedó reservado únicamente á los reyes. No co- nozco á fondo la legislacion de España; pero me figuro que han de ser pocas las cartas análogas y posteriores á la dada por su abuelo de Vd. En el año de 1494 los veci- nos de Medina Sidonia y su tierra recibían el indulto de su señor jurisdiccional; en tiempos posteriores del rey; hoy del Regente de la nacion... ¿De quién lo obtén- drán en 1970?

Poquísimos nos importa calcularlo, pues esto será cuen- ta de los que vangan detrás de nosotros. No crea Vd., se- ñor duque, que ha sido necesaria la carta de D. Juan de

Guzmán para que yo recuerde á Vd. Nada ménos que eso. Tengo siempre á Vd. muy en memoria, pues las atenciones que le he debido nunca se olvidan, y así, no por fórmula sino de verdad, repite á Vd. que es su amigo y servidor Q. S. M. B.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Wuppertal, el día de Marzo de 1870.

## EL AUTOR Y EL PÚBLICO.

Yo no sé si todos experimentarán las mismas emociones que yo experimento al asistir al estreno de una comedia. De mí sé decir que tomo parte tan activa en estos literarios acontecimientos, que de tal manera una porción de mi inteligencia se une y hace causa común con el autor, celebre ó desconocido, aplaudido ó silbado, mientras que otra se relaciona y toma partido por la inquieta y ávida multitud, que ansiosa de emociones y dispuesta á dar su fallo despiadado y brutal, pero brutalmente justo casi siempre, se agita impaciente en butacas, palcos y galerías antes de levantarse el telón; que tan reñido combate se trahe en mi alma entre estas tendencias contrarias, que llevo á olvidarme á veces de si soy público ó autor, y si me toca aquella noche representar los encontrados papeles de maestro ó de discípulo, de juez ó de reo, de víctima ó verdugo.

¡El autor y el público! dos enigmas que mutuamente tratan de descubrirse; dos enemigos que se aborrecen y se buscan; dos electricidades contrarias, que concluyen por juntarse en fulgurante y esplendorosa chispa.

Ambos se temen.—¿Que va á decirme el autor?—piensa el público.—¿Qué va á decirme el público?—piensa el autor.

Singular estremecimiento corre por el palco escénico; diríase el escalofrío de la conciencia del público, de esa conciencia en que el autor va á introducir el escarpelo de su observación, que va á registrar hasta en sus últimos rincones, que va á conmover con un recuerdo... tal vez con un remordimiento.

¡Terrible ansiedad!

El hipócrita prepara su más beatífico semblante, el envidioso apresta su mejor sonrisa benévola, la hermosa pecadora tantea su colorete y se asegura de que no ha de hacerla traición en el momento crítico.

Hay que estar preparados; nadie sabe cuál es la fibra que el poeta va á herir, cuál la cuerda que va á tocar.

Se alza el telón; público y autor se miran cara á cara, preparan sus armas y comienzan la lucha. Dura ésta poco: desde las primeras escenas se puede pronosticar un triunfo ó una derrota.

El público es un adversario que lucha casi siempre de buena fé y se presenta á cara descubierta; si vence, su victoria es terrible; si es vencido, celebra su derrota; en ambos casos lleva su franqueza hasta la barbarie.

El autor es más refinado en su triunfo y se ceba más en su victoria; una vez lanzada la idea, una vez aceptada por el público, desaparece de la escena, y deja al espectador envuelto en la red que hábilmente ha tejido

con sus pasiones, con sus afectos, con sus vicios ó con sus ridiculeces.

—Apoderarse del público, introducirle á viva fuerza en la acción, mezclarle en ella, obligarle á que se roce con los personajes, á que se reconozca igual suyo, á que toque con su propia mano los corazones que palpitan, y arrancar de su incredulidad esta confesión: «¡esto es verdad!» tal es el oficio del autor dramático y los medios de que se vale el que verdaderamente conoce los

Porque que el público es una masa de hombres hecha de distinto barro que los empresarios y los postas, que cuando le hablan desde el tablado no los comprende, y cuando le dan los buenos días en la Puerta del Sol les contesta poco más ó ménos en su mismo lenguaje. Parece que es exclusivo defecto del público moderno esa enemiga que le separa de los autores, ese duelo á muerte que al levantarse el telón comienza entre ellos; duelo en que el bueno del público, ese conjunto de distraídos, ese batallón de gente del bronce, esa colección de picarones, que han pagado á duro los tres pies de terreno, está dispuesto á cubrir de aplausos al que le conmueve, le subyuga y le vence.

—Ahora, si ni me conmueve Vd., ni me domina, ni me enterneces, permítame Vd., señor empresario, —dice el público— que me retire en silencio á mi casa, guardando del relente de la noche unas fibras que su espectáculo de usted no ha hecho vibrar, pero que le aseguro tengo dispuestas para mejor ocasión; á la entrada compré el derecho de silbarle; agradezcame Vd. que no le haya empleado, y no tenga la injusticia de acusar mi indiferencia, que le permite á Vd. dar ocho noches una función que en ley de justicia no debía usted haber presentado ni una sola: soy un egoísta, lo confieso; un digno hijo del siglo XIX, indiferente y descreído, que ni me apasiono por lo grande ni me sublevo contra lo malo, convenido; pero haga usted la prueba, déme Vd. alguna cosa realmente sublime, y veremos si la aplaudo ó no, porque desde hace mucho tiempo, lo que usted llama indiferencia hacia lo bueno, no ha sido sino tolerancia con lo malo. Hace mucho tiempo que si yo no fuera tan distraído y tan frívolo, hubiera tenido que cerrar su teatro.

«Y adios y hasta otro viérnes, u otro lúnes, u otro sábado, en que vuelva Vd. á contarme, y yo á escuchar con paciencia, como una mujer de mal genio es ménos agradable que otra dulce y benévola; cómo un marido no debe dejarse dominar por su suegra; cómo un hombre corre peligro en su paz doméstica, si consiente á su lado un amigo entrometido y envidioso; cómo los casamientos por razón de estado son el estado de sitio de una familia; cómo hay niñas frívolas y niñas románticas, y capitanes de caballería y asistentes de la misma arma; y tías y viejas, por fuerza ridiculadas, en el momento hecho de ser viejas y tías; y primos pobres, por fuerza interesantes, en el mero hecho de ser pobres y primos; y usureros siempre con gafas verdes, y originales siempre con sombrero de media vara, y escribanos siempre pécidos, y andaluces siempre graciosos; y me sirva Vd. siempre la misma comida en los mismos actos primeros, la misma disputa en los segundos y los mismos matrimonios á parás en los terceros.»

Esto siente el público que asiste á los espectáculos teatrales, y esto le retrae de asistir á ellos.

Como apesar de que periódicos, críticos, opinion pública y sufragio universal se dicen servidores del público, nadie ha oido decir nunca al público esta boca es mía: con la boca del público dicen los críticos, los pe-



DON JOSÉ MARIA BERANGES, MINISTRO DE MARINA.

secretos del arte; tal es la explicación de esos triunfos espontáneos que irreflexivamente concede el público: el verdadero público, que no está al corriente de las intrigas de bastidores, ni forma parte de una pandilla, ni de un grupo parcial y exclusivista.

¿Cuánto tiempo hace que en la escena española no resonaban esos aplausos que forman en una noche la reputación de un hombre! ¿Cuánto tiempo que las reputaciones ya adquiridas duermen tranquilamente sobre sus triunfos, y que al público asiste noche tras noche á oír la vulgar historia que dos horas antes le contaron en la vecindad, diluida en tres actos de pedestres versos ó de prosa de *La Correspondencia*!

¡Y se quejan los empresarios, y acusan al público de distraído y frívolo, y censuran el mal gusto que le lleva á los Bufos, la indiferencia que le conduce á los Circos, la crueldad que le convida á los toros, la pereza que le adormece en el Casino y la comodidad que le retiene en su casa!

ridicuos, la opinión y el sufragio universal, las mayores simplezas, y en artículos pedantescos, en academias graves y en conversaciones picantes, se llama á sí mismo grosero, frívolo, material y descreído, lo cual no impide que á la siguiente noche bostee en la primera representación de cualquier obra notable de cualquiera de nuestros primeros escritores.

Estos lo primero que hacen al escribir es ponerse en el lugar del público, juzgarle con el criterio que ellos mismos condenan, decir chocarrerías si escriben para la Zarzuela y los Bufos, formar cuadros vulgares y enredos ligeros si dedican su obra á los teatros de verso, y amoldar su inspiración, si es que la tienen, al molde de un grupo de autores, de un grupo de abonados ó de un grupo de revendedores de billetes.

Cuando á fuerza de reminiscencias de otras obras, de ciertos hechos por el empresario, que nunca juzga de lo que él llama el efecto más que por el efecto que han hecho otras comedias; cuando bien retocadito el drama para que el primer galán tenga la escena de celos, de mal humor ó de melancolía que considera patrimonio suyo; cuando despojado de las situaciones salientes por peligroso, de las alusiones por impolítico y de toda idea nueva, grande y vigorosa, por no herir el sentimiento del público, resulta el drama todo lo frío, vulgar y tranochoado que es menester, alza el telón el empresario y le dice al público:

—Levántate, público, ahí tienes una obra que he mandado hacer á tu medida.

A lo que responde el público encogándose de hombros:

—Pues por lo mismo que está hecha á mi medida, no vale la pena de que me levante.

Nunca como en este siglo, que cifra todo su orgullo en la emancipación del individuo, se han hecho tantos sacrificios á la tiranía de las muchedumbres.

La media ilustración que éstas han alcanzado ha extendido de tal modo el dominio de la crítica, que una buena parte del público discute con el autor sobre su obra y defiende palmo á palmo el terreno de su entusiasmo.

Peró si esta discusión pasa entre bastidores, si el autor, antes de dar al público su pensamiento, ha tenido que ponerlo al baño-maria de la dirección del teatro; si penetrando en el secreto de la trama y en el misterio de los efectos la pillilla de la mediantía y la frivolidad, soplada hoy por el traspuente, mañana por el avisador, un día por un amigo del teatro, al otro por una persona respetable que se acerca al empresario, etc., la trama se varia y los efectos se modifican; si, en una palabra, el autor se ve obligado á aceptar la colaboración de todo el público, ¿será mucho que el público no se sorprenda con las obras que se le presentan, y que éstas lleven todas el mismo sello, y que se parezcan unas á otras, como levitas fabricadas en la misma ropería.

Combatir al público; tal es el secreto del autor Armático, y la historia de los grandes conquistadores de la escena se cuenta por las derrotas de ese niño grande que llora cuando le arrancan un juguete, y palmotea y ríe á través de sus lágrimas cuando le presentan un juguete nuevo.

Defendeos, autores, arrepentios, empresarios; el niño empieza á cansarse del juguete, y si pronto no le dais otro, arrojará el antiguo por la ventana.

Peró daos prisa; aprovechad el momento en que aún le tiene en la mano para arrancárselo, porque si pasa una sola noche sin juguete, se convencerá de que es todo un hombre; y ¡ay de vosotros el día en que el público deje de ser niño!

La belleza, como la verdad, son cosas absolutas que nunca varían; pero los medios de presentarlas varían tanto como las épocas y como los hombres.

Yo no sé si hay un arte del siglo XIX, ni si es contrario al espíritu crítico y nivelador de esta época la idea de una manera peculiar de expresión artística, que forme escuela con caracteres propios y privativos; pero aclicando la cuestión, no cabe duda que en el período que actualmente atravesamos en nuestra patria ha caído el arte dramático, no por falta de genio, sino por sobardía de inspiración, en el limbo de la vulgaridad y la insignificancia, en el que parece que los autores se hallan esperando el santo advenimiento.

No citaré nombres propios, pero aún resuenan en los oídos del público los de los autores que estos últimos años han obtenido mayores triunfos; todos cuantos lean este artículo recordarán los títulos de dos ó tres dramas verdaderamente aplaudidos, en los que la gente no se distraía, ni los abonados acudían al espectáculo por el sólo placer de visitarlos los unos á los otros.

¿Por qué gustaron? porque no eran vulgares, porque en los caracteres y en las situaciones, en la disposición

de las escenas y hasta en el lenguaje, salían del estrecho sendero en que constantemente patullan las medianías, porque en ellos aprendía algo el público; y lección severa, entretenimiento sabroso, novedad artística, todo lo acepta el público, con tal que al retirarse del teatro pueda dar á su holgazanería esta disculpa: hoy no he perdido la noche.

Ahora bien, enseñen los autores al público si quieren que el público los oiga, divirtiéndole si quieren verlos entretenidos, conmuevanle si quieren arrancarle lágrimas; pero poetas, satíricos y moralistas, para ser grandes, empuen por arrancarse del público, por hacerse superiores á su atmósfera, y remontados al puro ambiente de su inspiración, dicten leyes y viertan poesía y dispensen consuelos, que la voz de la poesía es voz del cielo, y no un *Eco imparcial de la opinión y de la prensa*.

Febrero 3 de 1870.

S. DE LINIEBA.

## EL CABALLO BLANCO DE LA PRENSA POLÍTICA.

(COSTUMBRES DEL DÍA.)

### I.

Los españoles mismos que lo vemos, que lo tocamos y palpamos, no sabemos darnos cuenta de por qué hay en España tantos periódicos políticos y tan pocos periódicos literarios.

A primera vista parece que el público no quiere más que política; pero pensando que los periódicos de noticias se leen más que los políticos, cualquiera era en la tentación de creer otra cosa.

No, no somos tan hambrientos que comamos política en el almuerzo, política en la comida y política en la cena.

¿Ven Vd. el sinnúmero de periódicos políticos que se publican en España?

Pues ¡oh dolor! la mayor parte viven de fado.

¿Y quién fia á esos señores periódicos, cuya suscripción no alcanza siquiera á cubrir los gastos de papel?

Esto es precisamente lo que voy á tener el honor de presentar al respetable auditorio en la siguiente farsa en un acto, y varias debilidades.

### II.

#### ¿QUÉ ES UN CABALLO BLANCO?

Un hombre destinado por la Providencia á hacer alguna buena obra, y condenado por el destino á no cumplir jamás su misión.

Caballo blanco es todo el que da su dinero para cualquier empresa que no ofrezca garantía, y lo niega á todo negocio de provecho.

El caballo blanco es generalmente empresario de teatros.

Un amigo le dice:

—Hombre, Vd. que tiene dinero, bien podía tomar el teatro de las Necesidades. Con una compañía baratita se podría ganar un dínaral. Figúrese Vd. que, lleno, hace once mil reales, y el presupuesto puede ceñirse á tres mil. Quiere decir, que con las entradas de los domingos, entre tarde y noche, y un estreno cada semana, tiene Vd. ya cubierto el gasto. Por poco que le quedase los demás días, podía Vd. prometerse una ganancia diaria de mil reales. Esto sin contar otros gajes. Porque, amigo mío, ser empresario, es ser un sultán. Allí todas las chicas se desviven por complacer al empresario. ¡Ah! Si yo tuviera dinero; cómo me divertiría, y cómo me haría rico! No hay vida más alegre que la vida de teatro; ¡lo digo á Vd. que es lo que hay que ser, hombre!

Repetido un día y otro día este lenguaje, llega por fin á levantar una tempestad en el corazón del inocente futuro empresario.

Y un día se despierta, llama á su amigo, se echa el sombrero hácia atrás, y le dice:

—¡Vaya, tome Vd. el teatro, y vamos á ajustar la compañía!

Esto lo dice como quien exclama en ciertos momentos críticos de la vida:

—¡Ea, vamos á echar una cana al aire!

Se forma la empresa, y el negocio sale al revés de lo que se prometía.

¿En qué consiste que los caballos blancos jamás han triunfado en esta clase de empresas? ¿Qué maldición pesa sobre ellos?

No le deis vueltas, lectores míos, los caballos blancos se arruinan, porque se meten en negocios que no entienden.

¿Queréis una prueba? Aquí la tenéis.

Un caballo blanco se presentó allá por el año cuarenta y tantos y tomó el teatro de Variedades.

A la sazón se representaba *El Duende*, que hacía furor.

Un año entero se estuvo representando dicha obra, lo cual prueba que las entradas eran buenas.

Un año duró la empresa de aquel caballo blanco.

Un año de felicidades sin interrupción, y al cabo de él, el caballo blanco, muy conocido en Madrid, se había arruinado!

Peró, cómo! se quedó á pedir limosna.

### III.

LA FUNDACION DEL PERIÓDICO POLÍTICO, SU VIDA, SU MUERTE Y SU EPITAFIO.

Todo español nace desnudo, no por falta de disposición, sino porque ignora dónde vive el sastrero.

Peró, á poco que el español se desarrolle, se encuentra provisto de pantalones, gabán y opinión política. (Camisa no siempre.)

Algunos, además de estas ventajas, disfrutan la de unos cuantos miles duros, heredados de sus previsores papás.

En todas las fracciones políticas hay caballos blancos. Conozco uno muy liberal, que en cierta ocasión dió mucho dinero para un periódico y para comprar fusiles. Efectivamente, los fusiles no parecieron, pero el dinero tampoco.

El caballo blanco que nos sirve hoy de tipo, es un hombre que ha entrado de buena fé en la vida de la política. Ama el bien de su patria, y cree que este amor y esta felicidad que desea á su país no se oponen en nada á un negocio que trae entre manos, y que con ayuda de la prensa podría realizar.

Un día se encuentra con un amigo que ha sido redactor de fondo de *La Promesa*, y le dice:

—Váyase Vd. un día por casa, que tenemos que echar un párrafo.

No falta el amigo, y mano á mano los dos, se entabla así el negocio:

—Vire Vd., si no costara mucho un periódico... Porque yo he pensado varias veces en que aquí no hay un periódico independiente, que diga la verdad á todo el mundo y que abogue por las economías.

—Le comprendo á Vd., interrumpe el antiguo redactor de *La Promesa*. Yo también he notado ese vacío, y por falta de unos cuantos maravadises no he podido realizar mi sueño.

—Me alegro que estemos de acuerdo.

—Sí, señor, sí; el pueblo está cansado de que le exploten, y en cuanto aparezca un periódico que defienda sus verdaderos intereses, lloverán suscripciones. Por lo que respecta al dinero que se necesita, es muy poco. Mira usted, al segundo mes ya cubrirá gastos.

A los pocos días se reparan con profusión en el prospecto de un periódico político que se llama *La Constitución*.

Como de costumbre, anuncia que viene á llenar un vacío y á decir la verdad al pueblo. Añade que tiene entendidos y celosos correspondientes en todas las capitales de Europa, y pide moralidad, y ofrece tratar todas las cuestiones con un criterio levantado y patriótico. ¡Y cómo aboga por las economías, cielo santo! Hay dos cosas indispensables, sin las cuales no se concibe el prospecto de un periódico político: economías y entendidos correspondientes.

Nadie cree ya en estas cosas, pero se sigue diciéndolas. Nadie cree tampoco en la *verdad*, y sin embargo se anuncia.

Al mes de publicación, y después de haber sostenido diez ó doce polémicas con los demás colegas, cuando ya el caballo blanco cree que su periódico es popular, se llega á la administración y pregunta por el número de suscriptores.

—¡Va muy bien! dice el administrador, frotándose las manos.

—¿Cuántos, cuántos hay?

—Diré á Vd., todavía no hemos recibido contestación de los correspondientes; pero aquí tenemos ya para hacer boca...

—¿Cuántas?

—Estas que Vd. ve.

—Dígame Vd. sus simpáticos nombres.

—D. Gabriel Jareño...

—Mi hermano.

—Doña Rosa de la Espina...

—Mi hermana, la que está casada en Ciudad-Real.

—D. Tadeo Jareño...

—Mi abuelo.

—D. Crisantos Gonzalez...

—Mi abogado.

—D. Hipólito Tentefirme...

—Mi sastra.

—Y las del ministro de Hacienda y el sub-secretario; pero éstas son gratis.

—Total: siete. ¿Sabe Vd. que me parecen pocas?

—No lo crea Vd. A provincias hemos remitido diez mil prospectos. ¿No hemos de recibir media suscripción por cada prospecto? Pues serán cinco mil. Cuente usted con cinco mil para el mes que viene. Además, ahora vamos a hacer propaganda en Madrid, y pronto verá usted los resultados.

Los resultados son que al cabo de algunos meses *La Constitución*, órgano de la opinión pública, ha perdido uno de los siete suscriptores que tenía al principio. El abuelo del caballo blanco, que ha muerto sin duda por dejar la suscripción del periódico.

El caballo blanco, desesperado de no haber podido hacer la felicidad de la patria, se retira al hogar doméstico con la conciencia tranquila y el bolsillo más.

Otro periódico se encarga de cubrir las suscripciones pendientes de *La Constitución*, y un gacillero exclama: *Ha vivido la vida de las rosas... ¡un día nada más!*

## IV.

## SÍNTESIS.

Al lado de los periódicos que tienen vida propia ó que representan a los grandes partidos políticos, vemos todos los días aparecer y desaparecer una infinidad de periódicos, en medio de la mayor indiferencia.

Todos vienen a llenar un vacío, y lo más particular es que, apesar de no haber realizado su misión, se van sin dejar ningún vacío en el campo del periodismo.

Es necesario que los hombres que se presentan con disposiciones para servir de caballos blancos, se convenzan de que, para dirigir un teatro, como para fundar un periódico, no basta el dinero: es necesario ser del oficio.

Sólo así se comprende que todos los periódicos políticos que en Madrid han alcanzado vida propia, y por lo tanto crédito en la opinión, han sido fundados y dirigidos por periodistas.

LUIS RIVERA.

## RODRIGO \*

## I.

Ancho toldo de verdura  
Las serenas linfas cubre  
De un sosegado y tranquilo  
Remanso, del Tajo ilustrar:  
Las aguas leves, rizadas  
Al soplo del viento dulce,  
Besan las verdes orillas  
Que el claro río circuyen,  
En donde mecen gallardas  
Sus corolas sin perfume  
Las amapolas rojizas,  
Las campanillas azules.  
Al lejos, sobre las lomas  
Apuñadas se confunden  
Las entremezcladas vides  
Que el preciado fruto encubren;  
Fruto que al ardor estivo  
En verdes racimos surge,  
Que torna en néctar suavísimo  
En sus lagares octubre.  
Alza más cerca Toledo  
Sus torres hasta las nubes,  
Tendiendo el cuerpo gigante  
Sobre las tajadas cumbres,  
Y con poderoso fuego  
Que vida y ardor difunda  
En el émit suspendido  
De julio ardiente el sol luce,  
Cubierto del verde toldo  
Por la sombría techumbre.  
Una mujer, más hermosa  
Que los celestes querubas,  
Por gozar del fresco río  
La apacible mausedumbre,  
Suelta los blancos cendales  
Y el albo seno descubre,  
Que con su dorada flecha  
Por cincel, amor esculpe.  
Quiere que la nivea espalda

\* Estos cinco romances forman parte del *Romance de la vida de la España del Sr. D. Francisco Luis de Retes*, cuya publicación comenzará en breve.

En vagas ondas se inunde,  
Y destrézase el cabello  
Que cae en hebras volubles.  
Lleva el breve pié a la orilla  
Donde el agua mansa fluye,  
Y retírale medrosa  
Por más que el frescor la induce.  
Otras veces decidida  
Vencer el temor presame  
Y a la ribera se acerca,  
Avanza el pié, caja y huye;  
Pero de nuevo incitada  
Por deseo y por costumbre,  
Venciendo el temor, del río  
En las claras olas se hunde.  
Ya muellemente extendida  
En las aguas se columpie,  
Ya por vencer la corriente  
Con la ola rizada lucha,  
Ya deslizándose al fondo  
Conchas y arenillas busca,  
Ya juegue con las espumas  
Que al lado saltan y ballen;  
Nadie su sencillo juego  
Osadamente interrumpe,  
No hay temores que la asalten  
Ni importanos que la asusten;  
En la soledad del río  
Todo recato es inútil.  
Mas, ¡ay! instrumento ciego  
Fué de vengativo número  
Que sobre España desploma  
De su ira la pesadumbre.  
Fuerza es que el sol de la patria  
Con negras sombras se amuble;  
Así el destino lo ordena,  
Así los hados se cumplen.  
Que mueran sus nobles hijos,  
Que cadenas la subyuguen,  
Que sus campañas se tornen  
En sangrientos campos fúnebres,  
Que el imperio poderoso  
De los godos se derrumbe.

## II.

Desde una elevada mira  
De una torre que da al río,  
Sobre la incauta doncella  
Los ojos fija Rodrigo:  
Contempla en las limpias aguas  
Los femeniles hechizos,  
De la juventud ardiente  
Poderosos incantivos.  
Hilos de ébano brillante  
En el marfil esparecidos,  
Mira caer destrenzados  
Sobre la espalda los rizos,  
Y de los rasgados ojos  
Abrásale el fuego activo,  
Y de las suaves mejillas  
Le encanta el albor parisino.  
Y dando rienda al deseo  
Incontinente y lascivo,  
Inmolar su honor intenta  
En aras de su capricho;  
Y ya con dolientes trovas  
Que entona al pié del castillo,  
Ya con generosas dádivas,  
Ya con amantes suspiros;  
Vencer la virtud pretende  
De aquel hermoso prodigio,  
Para baldon y desgracia  
Del pueblo godo nacido.  
En vano lucha; su honra  
Es incontrastable riesgo  
Dó se estralla del rey godo  
Los pérfidos artificios.  
A los amorosos cantos  
Cierra ventanas y oídos,  
Devuelve las régias dádivas  
Con orgulloso desvío,  
Errantes van por el viento  
Del monarca los suspiros.  
Tan pertinaz resistencia,  
Rigor tan firme y asíduo  
La pasión del rey inflaman  
Y su amor propio ofendído;  
Saciar por la fuerza intenta  
Su vergonzoso apetito,  
Rendir el soberbio muro  
Por la virtud defendido,

Y obtáncelos no encontrando  
Sus malévolos instintos,  
En las sombras de la noche  
Su estancia escala Rodrigo.

## III.

—Padre! Si en más que la vida  
Precias la honra y la fama;  
Si no hay posible existencia  
Cuando el honor no la ampara,  
Dispon el puñal agudo,  
Que ya mi pecho le aguarda,  
Para limpiar con mi sangre  
El baldon que tu honra mancha.  
El triste llanto que vierto  
Borrando va las palabras;  
Mas si las palabras borra,  
Borrar no puede mi infamia.  
De los femeniles pechos  
Armas son dolor y lágrimas,  
De los pechos varoniles  
Las vengadoras espadas.  
Ojos que el baldon contemplan  
Llanto inútil no derraman,  
Rayos de rencor despiden  
Que al vil forzador abrasan.  
Venganza pide Florinda  
Del rey que su honor ultraja;  
Venganza el cielo te ordena,  
Venganza! padre, ¡venganza!  
Viste el acerado peto,  
Cifre las lucientes armas,  
Monta el bridon poderoso,  
Toma la robusta lanza.  
A voces para vengarla  
Tu perdido honor te llama;  
Llorando tu hija te espera,  
Marcha, corre, vuela, avanza,  
Salva el caudaloso río,  
Traepon la mar enraspada,  
Cruza el intrincado bosque,  
Doma la agreste montaña;  
Sobre el alazan brioso  
Cabalga, padre, cabalga,  
Te grita mi cuerpo impuro  
Con la pureza de mi alma,  
Que agravios que vengar tienes  
Que han deshonrado tus canas,  
Que muerta yace tu honra,  
Que acudas pronto a vengarla,  
Que la luz de mi existencia  
En el oprobio se apaga,  
Que el rey ufano se engrie  
Con su vileza bastarda,  
Que venganza ordena el cielo,  
¡Venganza! padre, ¡venganza!  
Al conde Julian escribe  
Su hija Florinda esta carta,  
Al conde Julian, que en Ceuta  
Por Rodrigo gobernaba.

FRANCISCO LUIS DE RETES.

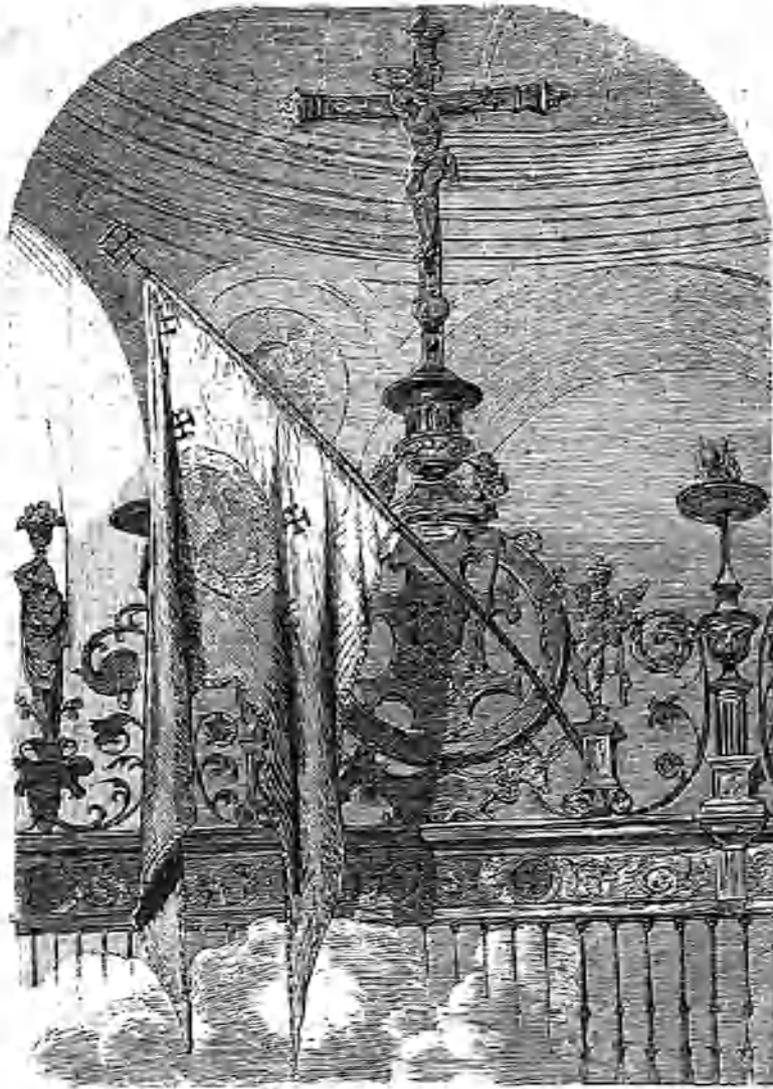
(Se continuará.)

## REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS,  
ECONÓMICAS Y LITERARIAS.

Entre las recientes publicaciones que tiene anunciada la Academia Española, dijimos en nuestra anterior revista, figura como una de las más importantes la de las célebres *Cántigas de D. Alfonso el Sabio*. En efecto, despues de la revolución de 1838, y a petición del académico Sr. Moqlau, obtuvo la Academia autorización del Sr. Ministro de Fomento para traerse a Madrid los dos preciosos códices existentes en la biblioteca del Escorial que las contienen, lo cual no podía verificarse ántes de este modo, por no depender aquella biblioteca del ministerio de Fomento, ni del gobierno, puesto que tanto la biblioteca como los códices eran del patrimonio de la Corona. Ignoramos qué clase de dificultades existían ántes de la revolución para que la Academia no hubiese podido consultar y utilizar los referidos códices en beneficio de las letras, á no ser que se redujesen al natural cuidado de no permitir salir fuera de la biblioteca del Escorial los códices ni los libros, por temor de involuntario extravío, peligro á que por otra parte no era preciso exponer tampoco las preciosidades de dicho

antiguo depósito, puesto que han solido facilitarse cuantas autorizaciones se han pedido para consultar allí mismo, extraer o copiar los manuscritos. Cabalmente acerca de los mismos códices sabemos existe una real orden, ya anterior, autorizando á un literato para copiarlos y publicarlos si lo estimase conveniente; y cuando se permitiera darlos á luz á un particular, cuya concesion existe todavia, no podemos creer que se hubiera negado á uno de los primeros cuerpos literarios de la nacion. Todavia podemos añadir otros antecedentes en pró de la verdad y de la justicia. La Reina doña Isabel II habia pensado y deseado publicar por cuenta de su real erario tan peregrinos códices, y sólo aplazaban los trabajos el coste de una edicion que se trataba fuese monumental y en exactos facsimiles. Casi todos los intendentes de Palacio habian acariciado semejante empresa, como un verdadero servicio á la historia de nuestras letras antiguas, como publicacion digna de la iniciativa de la sucesora del sábio Alfonso, y como recuerdo insigne del mérito de aquel estudioso y erudito monarca. Citaremos entre los intendentes al Sr. D. Francisco de Goicoerrotea, como uno de los que más anhelaban la publicacion de las *Cántigas*, y entre los diversos literatos que instaban por ella y promovian tan patriótica empresa, indicaremos en primer lugar al Sr. D. José Amador de los Ríos. Hoy, sin embargo, teniendo los la Academia en su casa y á su cuenta con los recursos suficientes, será más afortunada en sus gestiones y podrá aumentar con una publicacion más el catálogo de las obras importantes que le debe la nacion española. Parece que no está lejano el día en que los amantes de la antigua literatura patria puedan apreciar las bellezas de la



BANDERA DEL GRAN CARDENAL MENDOZA.

obra poética de D. Alfonso, puesto que aprobado el informe que acerca de la conveniencia de su publicacion escribió el señor Monlau, resolvió la Academia que las *Cántigas* se publiquen como parte de la *Biblioteca de los clásicos españoles* en los tomos que sean necesarios; que este trabajo se confie al Sr. Monlau; y que la Academia costee las copias que han de remitirse á la imprenta. El Sr. Fernandez Guerra propuso que más adelante practique la Academia las gestiones convenientes para que de las *Cántigas* se haga oportunamente otra edicion semejante á la que de otras obras del Rey Sábido ha hecho la Academia de Ciencias exactas, con auxilio del gobierno, y en ello convino la Academia, y es de suponer que algún dia convendrá tambien en la misma al gobierno. Por último, segun aseguró en la última junta pública el secretario perpétuo de la Academia, el renombrado vate D. Manuel Breton de los Herberos, posteriormente se han tomado otras disposiciones para que la impresion sea tal como la requiere el valor literario de la obra, atendida su venerable antigüedad, la justa y universal nombrada de su autor augusto y el buen nombre de la Academia. Las copias, que es lo más importante, añadió el Sr. Breton de los Herberos, están ya hechas, su cotejo, el glosario y otros trabajos accesorios se activan en lo posible, y no se demorará más de lo preciso la realizacion de tan patriótica idea. Mucho lo celebraremos.

En el año que apenas acaba de trascrir ha publicado la Academia Española una nueva edicion de su *Diccionario de la lengua castellana*. Es la undécima, y segun se advierte en ella, se han hecho por la corporacion reformas importantes. Tambien se ha procurado que el precio fuese menor



LA BENDICION DE LAS PALMAS.



PROCESION DE SEMANA SANTA EN PALENCIA.

que el de las ediciones anteriores, el papel mejor, los tipos nuevos, etc., etc. Poco tardará asimismo en darse á luz, por estar en prensa, otro tomo de la *Biblioteca selecta de escritores castellanos*, que contiene las obras dramáticas de Juan de la Encina, recopiladas e ilustradas por el individuo de número D. Manuel Cañete.

Pero no sólo ha hecho recientemente publicaciones y tiene otras preparadas la Academia llamada de la Lengua, sino que ha querido además prestar tributos de respeto y admiración á nuestras glorias nacionales, colocando, á propuesta del Sr. Marqués de Molins, un precioso monumento mural en la fachada del convento de religiosas Trinitarias de Madrid, y una lápida de mármol en su parte interior, para conmemorar la sepultura del preclaro ingenio de los ingenios, el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra. Ambas inscripciones han sido costeadas por la Academia y debidas al reputado cínico D. Ponciano Ponzano. También está misma celosa corporación contribuyó con una cantidad para el monumento levantado en Salamanca en honra y prez del célebre fray Luis de León, y envió al solemne acto un representante suyo, que fué el Sr. D. Patricio de la Escosura, probando de todas maneras que no es indiferente la Academia á cuanto redunde en gloria y fama de los hijos ilustres de España.

No ha dejado de aumentarse, al propio tiempo, la biblioteca de la Academia, ya de suyo escogida, con donativos del gobierno, de los académicos de número, de los correspondientes españoles y extranjeros, de literatos así del país como de otras naciones, y de Academias y corporaciones de dentro y fuera de España. También se han comprado últimamente algunas obras; pero indicar cuáles hayan sido no tendrá tanto interés para la generalidad de los lectores, como recordarla lo que probablemente habrá llegado á su noticia respecto de los concursos á premios que viene anunciando periódicamente la Academia. Dos eran los que estaban pendientes de su ilustrado voto: uno *extraordinario*, cuyo tema era una composición poética en loor del Convento de Vergara, por el cual cesó la última de las muchas guerras civiles que han afligido la España, y al que no se adjudicó premio alguno, apesar de haberse presentado veintinueve composiciones; y otro *ordinario* para la mejor novela original, no histórica, de costumbres españolas contemporáneas, y para el mejor ensayo histórico, etimológico y filológico sobre los apellidos castellanos desde el siglo x hasta nuestra edad. Nada ménos que veinticinco fueron las novelas presentadas en tan laudable lid literaria; pero ninguna mereció mayoría absoluta de votos ni para el premio, ni para el accessit, reconociéndose, sin embargo, mérito suficiente en tres de ellas para concederles mención honorífica. Llevaban éstas por título: *La calle de la Amargura*, *El Rastro y la convulsión*, debidas ámbas á la pluma de D. Manuel Juan Dizan, y *Úbre y Cortijo* escrita por D. Antonio Hurtado. En cuanto al estudio sobre los apellidos castellanos, después de examinar las dos únicas Memorias á ellos referentes, creyó la Academia oportuno prorogar el concurso hasta fin de diciembre de 1870. Para el año de 1871 serán tres los temas del certamen: el primero el mismo estudio etimológico, histórico y filológico sobre apellidos; el segundo un *Catálogo razonado de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes* y que consten en documentos fehacientes, precedido de un estudio sobre el dialecto hispano-mozárabe; y el tercero, un esmerado estudio biográfico de cualquiera de nuestros más esclarecidos escritores de los siglos xvi y xvii, donde, con la novedad, autenticidad y abundancia de las noticias, compitan la gala y la pureza del estilo. Los plazos para presentar obras que aspiren á premios son diversos, y los premios consisten para cada uno de los temas segundo y tercero en una medalla de oro de peso de dos onzas con la empresa de la Academia, diez mil reales vellón, y quinientos ejemplares de la obra respectiva, habiendo de constar de mil las ediciones que de una y otra hará la corporación á sus expensas. Dos consideraciones se nos ocurren: primera que una edición de mil ejemplares, número el más usual en casi todas las ediciones de libros que se hacen en España, ya como máximo á que se atreven á llegar autores y editores, habla muy pobremente del mercado literario de España, y aún así, de la generalidad de ediciones se consumen los ejemplares en húmedos y olvidados sótanos, ó son vendidos tarde ó temprano al peso por papel viejo. Segunda: si los premios y lides literarias felizmente llevadas á cabo proporcionan gloria, ¿á qué calcular y anunciar de antemano el peso vnal de las medallas de oro?

También, según hizo público la Academia Española en su última junta anual, se ha aumentado el número de correspondientes españoles con el nombramiento del Sr. D. Francisco Javier de León Bondeño, humanista

distinguido y traductor feliz del poema de Valerio Flaco, *Los Argonautas*. Correspondientes extranjeros fueron nombrados D. Fernando Lois, en Bélgica, D. Cecilio Acosta, en Venezuela, y D. Juan Forje Braun, en Baviera.—Posteriormente, el día 25 de marzo último, celebró la Academia junta pública para recibir como individuo de número al Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala, literato que á su reputación de escritor dramático, añade de poco tiempo á esta parte el atractivo que ofrece al público el hombre que como político ha figurado en uno de los sucesos más trascendentales para la nación; los acontecimientos de Cádiz en setiembre de 1865, que dieron por resultado la actual revolución española. No debamos ocuparnos aquí del Sr. Ayala por la parte que pudo ó quiso tomar en tan graves sucesos, sino sólo como académico de entrada que escoge un tema para su discurso de recepción, que le estudia y medita, y que sobre él escribe y desarrolla su Memoria. Ha versado ésta sobre el mérito del célebre D. Pedro Calderon de la Barca, y ha escrito el Sr. Ayala un nuevo elogio y panegírico de tan gran poeta. En él ha ponderado su espíritu religioso, leal, noble y caballeresco, y en cierto modo ha hecho la crítica de nuestro siglo y el elogio del de Calderon de la Barca, en que había honra y moralidad, y orden y dignidad, y respeto para los reyes, galantería para las damas y amor para la religión de nuestros padres. Contéstole en nombre del cuerpo el Sr. Marqués de Molins.

No ménos brillantes han sido las tareas de la Academia de las tres Nobles Artes de San Fernando, corporación artística que tiene prestados muchos servicios á los preciosos intereses de su instituto, pero no tanto como en años anteriores. Sigamos el último resumen de sus actas, escrito por su secretario general el Sr. D. Eugenio de la Cámara, y quedarán enterados nuestros lectores de las vicisitudes que han sufrido recientemente sus trabajos. El número de Comisiones provinciales de monumentos no se ha aumentado en el año académico que acaba de transcurrir, y quedan aún por reorganizar las de Canarias, Ciudad-Real, Guipúzcoa, Logroño, Pontevedra y Teruel, dos de las cuales, las de Canarias y Pontevedra, se creía podrían acaso hacerlo muy pronto. «Los cambios radicales ocurridos en la política y administración desde setiembre del año pasado (1868) alcanzaron también algo á las comisiones de monumentos, naturalmente relacionadas con los centros administrativos provinciales, y resultó en ellas cierta perturbación sensible, que aún no ha desaparecido enteramente. Además del movimiento que estos cambios produjeron en el personal de muchas de ellas, además de la paralización de sus sesiones y trabajos científicos y artísticos, que era consecuencia del fuerte sacudimiento social que experimentó España, además de la penuria de fondos y medios materiales de acción que casi todas han experimentado por consecuencia del desequilibrio ocasionado, y cuyas oscilaciones, aunque paulatinamente, van disminuyéndose, no han cesado todavía del todo, no han faltado algunas provincias cuyas juntas revolucionarias de gobierno, poco enteradas de la organización y elementos constitutivos de estos cuerpos provinciales, pensaron en disolverlos y reconstituirlos bajo otras bases ajenas al pensamiento que predomina en su constitución. Cuéntase en este número principalmente las de Segovia, Tarragona y Toledo...»

Pero en lo que la iniciativa de la Academia de las tres Nobles Artes ha sido recientemente más notoria, ha sido en las improvisadas reformas y ensanches de diversas poblaciones, que ya para promover obras, ya para realizar otros pensamientos, se han llevado á cabo después de la revolución de setiembre. Oigamos cómo refiere su ilustrado secretario los trabajos de la misma y las pérdidas que recientemente han sufrido las bellas artes en España:

«No podía desconocer la Academia la sagrada obligación que sus estatutos le imponían de acudir presurosa á prevenir el mal que amenazaba, y así lo hizo desde los primeros momentos, elevando en 22 y 25 de octubre expresivas y reverentes exposiciones á los ministerios de Gobernación y de Fomento, dirigidas á rogar á los jefes de aquellos importantes departamentos del gobierno, que circularan á sus respectivas dependencias las órdenes convenientes para que no se procediese á disponer la demolición de ningún edificio antiguo, sin oír previamente el parecer de las Academias provinciales de Bellas Artes y de las Comisiones de Monumentos, y ofreciendo ella al mismo tiempo su franca y leal cooperación para secundar las miras del gobierno en todo cuanto pudiese contribuir á conservar ilestras las glorias artísticas é históricas de nuestra patria. Ambos ministerios admitieron con la mayor deferencia las indicaciones de la Academia; el de Gobernación, que ya espontáneamente había dictado órdenes especiales á los gobernado-

res de Barcelona y Zaragoza, encaminadas á impedir las demoliciones de algunos importantes edificios de sus respectivas localidades, accediendo á los deseos de la Academia, expidió una circular con fecha 18 de noviembre á todos los gobernadores, encargándoles muy especialmente «la conservación de todos los monumentos que simbolizan recuerdos gloriosos, ó den testimonio del «brillo de nuestras artes ó de los sucesos grandiosos de «nuestra historia.» El ministerio de Fomento y su dirección general de Instrucción pública, conformándose asimismo con las indicaciones de la Academia, dirigió también en 14 del mismo mes una circular á todas las Comisiones provinciales de Monumentos, excitándolas á que «empleasen cuantos medios les conceda el reglamento para evitar que se destruyese ningún edificio «que mereciese conservarse por su carácter histórico ó «artístico, y que dieran parte de cuanto ocurriese en «cada caso particular, seguras de que encontrarían deci- «dido apoyo, así en aquel centro directivo, como en las «Academias de la Historia y de las tres Nobles Artes.»

«Sin embargo, á pesar de todo, Barcelona ha visto desaparecer la bella iglesia de San Miguel, la más antigua acaso que existía en su recinto que conservaba restos de fábrica del siglo xii, una bonita portada de estilo plateresco, único ejemplar de su género en aquella ciudad, la original torre, y el magnífico mosaico romano que ha quedado enterrado bajo las ruinas: la pequeña y donosa iglesia de Junquera, tan notable por la severidad de sus líneas y elegancia de sus proporciones, que la constituían en un verdadero modelo del arte ojival, con su primoroso claustro adjunto, obra del siguiente siglo, y siempre celebrado y admirado de todos por su belleza, majestad y poesía; y por último, la iglesia y convento de Jerusalem, obra curiosísima que representaba un período de transición en el arte y correspondía á los últimos años del siglo xv.

«Cádiz ha perdido hasta ahora solamente el convento de los Descalzos y las capillas contiguas de la Orden Terceira y Escuela de Cristo, que no tenían importancia alguna bajo el aspecto artístico, pero encerraban muy buenas esculturas, obras del escultor valenciano Pedro de Vergara, de la artista sevillana doña Luisa Roldán y de otros autores del siglo xvii, las cuales han sido trasladadas á la catedral. Pero lo más sensible es que hay el proyecto de derribar la capilla de Santa María del Pópulo, la iglesia de la Merced y la de Capuchinos, templos todos que encierran retratos, estatuas, cuadros y frescos de autores tan distinguidos como Clemente de Torres, Luisa Roldán, Zurbarán, Murillo y Meneses Osorio su discípulo, y que reúnen además la circunstancia, poco común en Cádiz, de conservar importantísimos recuerdos históricos, y algunos enterramientos de personajes ilustres. Sensibles son también las demoliciones de la iglesia y convento de los Descalzos de San Diego en el Puerto de Santa María, que tenía hermosas torres de estilo bizantino, y una Virgen atribuida á Murillo, así como las de las iglesias de monjas de la Vera Cruz y las Lágrimas, de San Cristóbal y de la Concepción en Jerez de la Frontera, aunque todas desprovistas de importancia artística. Huesca ha perdido también su templo parroquial de San Martín, hermoso ejemplar del estilo gótico de la mitad del siglo xiii; Granada su iglesia de San Gil, erigida en 1501, cuya arquitectura era por sus líneas, aunque no por su ornamentación, un recuerdo vivo de la decadencia del arte gótico, con bellísimas techumbres de ensambladura de estilo mudéjar, especialmente la de la capilla mayor que era muy hermosa, y una buena portada del renacimiento de la escuela de Diego de Siloé: los fragmentos de esta portada y de las techumbres han sido recogidos y conservados por la Comisión provincial. Zaragoza ha visto desaparecer las iglesias de San Lorenzo, Santa Dominga y las Recogidas, la primera del estilo churrigueresco de fines del siglo xvii, de la que la Comisión provincial recogió y trasladó al Museo un hermoso retablo, que estaba dedicado á Santa Polonia y colocado en el lado del Evangelio; la segunda, aunque sin gran mérito artístico, tenía cierta celebridad por el culto que desde los primeros años del siglo xiii se tributaba en ella á la Virgen del Olivar, y la tercera gótico-romana, restaurada á fines del xviii. Pero donde las artes han sufrido el más rudo embate, ha sido sin duda alguna en Sevilla: allí han sucumbido dolorosamente grandes trozos de sus monumentales é históricas murallas, el arco ó Puerta de Trina, la de San Fernando con los grandiosos y pintorescos torreones que formaban sus costados; la iglesia de San Felipe; gran parte de la iglesia llamada de Madre de Dios, que tenía un magnífico arcosolio de estilo mudéjar, capaz de sostener la competencia con los mejores de su especie; el monasterio de las Dueñas, en el que había grandiosos retablos del renacimiento adheridos al muro;

la iglesia monumental de San Miguel, notabilísimo ejemplo del arte románico-gótico de transición, perfectamente conservado, y cuya singular belleza, oculta en gran parte con los allegadizos que interior y exteriormente se le hablan ido agregando, apareció tal cual era, cuando se la vio despojada de aquellos postizos y aditamentos, haciendo más sensible aún para los amantes del arte la destrucción de tan preciada joya artística.

También en Madrid se han realizado demoliciones de algunos templos, que, si bien no eran notables monumentos de arte, no dejaban de contener algunos trozos, miembros y detalles dignos de respeto, aparte de la relación estrecha que algunos de ellos tenían con hechos y tradiciones importantes de la historia de esta heroica villa. Nadie ignora en Madrid la venerable antigüedad del templo parroquial de Santa María, cuya fundación se remonta á dudosas fechas, muy anteriores á la invasión de los moros. Mezquita por largo espacio de tiempo durante la dominación musulmana, restituida después al culto estóico por el conquistador de Madrid, Alfonso VI, en 1083, y depositaria de las dos artísticas y monumentales imágenes de Santa María de la Almudena y de Nuestra Señora de la Flor de Lis, escultura de singular mérito la primera, aunque disfrazada y oculta bajo suntuosas y anti-artísticas ropajes; pintura mural notabilísima del siglo XIII la segunda; ambas objeto de piadosa devoción y reverente culto de los madrileños; ambas acompañadas de tiernas é interesantes tradiciones. Bien conocidos son asimismo los importantísimos recuerdos históricos que excita el convento de monjas de Santo Domingo, fundado y habitado por este insigne varón en los primeros años del siglo XIII, el primero en que se establecieron en España las monjas de la Orden de Predicadoras, y que, convertido después por el Santo Fundador en convento de monjas, se cree que fué el primero de su clase que existió en Europa. Habíanlo enriquecido con legados y donaciones diferentes soberanos y potentados, desde D. Fernando el Santo hasta Felipe II; habían morado en él muchas damas ilustres, inclusa la princesa doña Constanza, nieta de don Pedro I de Castilla, que fué priora del mismo; y el mismo templo en su recinto distinguidos y eminentes varones, entre los cuales se cuentan el mismo D. Pedro y el príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II, que después fué trasladado al Escorial. Encerraba además este templo varias preciosidades artísticas, de las cuales no todas podrán conservarse en los Museos: el precioso ábside de estilo mudéjar, que pocos años há se descubrió desde lo alto de la planuela, y después quedó oculto detrás de las nuevas construcciones; el espacioso coro, obra de Herrera, y su hermosa sillería; el sepulcro de doña Constanza, de delicadísima escultura; la estatua orante del mismo rey, que formó parte de su sepulcro, destruido casi del todo en tiempo de la invasión francesa; varios cuadros notables de Caxés, Maratí y Jordan, y finalmente, la famosa pila en que fué bautizado el Santo Fundador, que envuelta en otra de plata se exponía anualmente á la pública veneración, y en la que se bautizaban todos los príncipes españoles de la Casa de Borbon. El derribo del primero de estos templos se llevó á cabo rápidamente sin conocimiento de la Academia; sobre el segundo hizo este cuerpo artístico respetuosas observaciones al gobierno, y una rescisa de los objetos de arte y antecedentes históricos que le enriquecían; y no se ha terminado su demolición sino después de haberlo hecho examinar además por una comisión de arqueólogos, y acordado la traslación y conservación de aquellas preciosidades al Museo de Antigüedades. Hânse derribado también las parroquias de Santa Cruz y San Millán; la primera, que estaba ya hace tiempo destinada á desaparecer para el necesario ensanche y rectificación de aquellas calles, cuyo templo había sido no há mucho reformado con obras de alguna consideración en su céntrica y decorado interior, y cuya alta y robusta torre descollaba sobre todas las de Madrid, no sólo por su verdadera altura, sino también por estar edificada sobre una eminencia; y la segunda por parecidas razones, y cuya pérdida no es de ningún modo sensible bajo el punto de vista del arte.

Al par que ha procurado la Academia la conservación del mayor número posible de antiguos monumentos, hoy amenazados por el espíritu innovador del tiempo, no ha descuidado reavivar el movimiento de las Comisiones provinciales; pero de estos trabajos y de los de otras Academias y Corporaciones nos ocuparemos con la extensión necesaria en la próxima revista.

FLORENCIO JAVIER.

## DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Hermoso privilegio es de las nobles lides de la inteligencia atraer al palenque donde se verifican numerosos concursos, escogido siempre y compuesto de personas de distinto sexo y edad, de varia y aun contrapuesta opinión en otras materias que suelen, por desgracia, separar y enardecer los ánimos. Y cuando el campeón que mantiene la liza viene precedido de alta é indisputable fama, es de ver cómo compiten en el deseo de acudir presurosos á tributarle aplausos el saber, el talento y la belleza.

Cuantos asistieron el 23 de marzo último á la casa de la calle de Valverde, donde la Academia Española tiene su domicilio, encontrarán justa y verdadera la observación que antecede. Al tender la vista por el salón destinado á las solemnidades académicas, al ver en aquellos escaños al ministro de Fomento, Sr. Echegaray, al director de Instrucción pública, Sr. Meralo, á los señores Nocedal, Tamayo, marqués de Molins, Hartzembusch, Valera, Campoamor, Rosell y muchas otras lumbreras de nuestra literatura; al ver aquel público compuesto de poetas, escritores, oradores, autores y actores dramáticos y personas notables por otros conceptos, algunos de tan distinta opinión política como los Sres. Cisneros y Sanchez Ruano; al contemplar, embelleciendo y avalorando la concurrencia, á las señoras condesa de Torrejón é hijas, duquesa de Híjar, condesa de Vilches, marquesa de Loring é hijas, marquesa de Villaseca, señora y señoritas de Camprodón, señoritas de Guzman, señora de Ayala (D. Baltasar), señoras de Gardoqui, doña Matilde Díez, la actriz eminente, señoras de Pacheco, etc. etc.; al ver esto, se comprendía como el sentimiento del arte funde y avasalla todos los demás sentimientos, y consolábase el ánimo pensando que aun en medio de otras lizas no falta en España quien le tribute el merecido culto.

Verdaderamente era aquella una solemnidad literaria. El autor de *El tejado de vidrio* y de *El tanto por ciento*, el Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala, iba á tomar posesión de la silla de académico, á que hace ya algunos años le habían llamado sus altos merecimientos en las letras españolas.

La Ilustración de Madrid, que tenía ya anteriormente decidido publicar el retrato del Sr. Ayala, cree que ninguna ocasión es más oportuna que la presente para llevar á cabo aquel propósito, dando al tiempo mismo algunos breves apuntes biográficos del insigne poeta cuyas obras, mientras los españoles sienten y piensan como hoy, y hablen como ahora, serán tenidas por joyas de inestimable precio.

D. Adelardo Lopez de Ayala nació en Guadalecán (hoy provincia de Sevilla, entonces de Badajoz) de una familia distinguida. Desde muy niño manifestó grandes disposiciones y extraordinaria afición á la poesía, habiéndose amantado, por decirlo así, con la lectura de nuestros clásicos, especialmente Brevilla y Calderón, que eran sus favoritos.

Su teatro político comenzó á manifestarse produciendo algunas comedias para ser representadas por una compañía de teatro casero, que en unión de otros jóvenes, á mejor dicho, niños de su edad, había formado. Allí era como Shakespeare, Molière y Lope de Rueda, autor y actor á un tiempo. Entre otras obras que por entonces escribió, recordamos las siguientes: *Salga por donde saliere, Me voy á Sevilla, La corona y el pútal, La primera dama, La primera y el autor y La Providencia*. De ellas sólo se conservan, á más de los títulos, alguna que otro fragmento en que ya se marcan el estilo y la tendencia que caracterizan hoy sus obras más celebradas.

De Guadalecán pasó Ayala á Sevilla, donde cursó algunos años de Jurisprudencia; de Sevilla, siendo aún muy joven, vino á Madrid. A poco de estar en la corte presentó en el Teatro Español su primera comedia formal, digámosle así, *El hombre de Estado*. Después de oírle el comité de censura, exclamó Rubí: «La literatura está de gala;» Breton: «Esta es la mejor mina de Guadalecán;» y Gil de Zárate: «Este es el casayo de Hércules.» Consiguimos aquí que si el éxito público no correspondió á estas justísimas alabanzas, en cambio es innegable que Ayala se colocó en primera línea como escritor, y que *El hombre de Estado* produjo grandísima influencia en la literatura dramática de nuestros días.

A esta primera obra siguieron el drama *El castigo y el perdón*; *Los dos Guzmanes*, comedia escrita para la compañía casera de Guadalecán; *El curioso impertinente*,

\* Juicio emitido por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Tomás Rodríguez Rubí, D. Luis Larra y D. Juan de la Rosa González.

en colaboración con D. Antonio Hurtado; *Rioja, La estrella de Madrid, Guerra á muerte, Los Comuneros, y El corte de Castejón, zarzuelas*; y *El tejado de vidrio*, ahora de *El tanto por ciento*, con la que en concepto de algunos rivaliza.

Al nombrar *El tanto por ciento*, hemos nombrado el más brillante de los laureles que cifien la frente del poeta. Aún parecen resonar en nuestros oídos los frenéticos aplausos con que el público manifestó el asombro que le produjo esta maravillosa comedia; aún creemos asistir á la reunión de personas de todas las clases de la sociedad, entre las que descollaba lo mejor de la literatura, que é impulsos del entusiasmo producido por aquella gran obra de arte, acordaron regalar al autor una corona de laurel de oro, costada por suscripción voluntaria, que se cubrió en el acto. ¡Justo y merecidísimo galardón tributado al genio!

Posteriormente dió el Sr. Ayala á la escana la zarzuela *El agente de matrimonios* y la comedia *El nuevo don Juan*, digna hermana de *El tanto por ciento* y *El tejado de vidrio*. Desde entonces nada nuevo ha ofendido el autor á la admiración del público, que anhela aplaudir sus robustas é inspiradas creaciones dramáticas; pero aun á riesgo de que se nos tache de indiscretos, diremos que el Sr. Ayala tiene pensadas y aun comenzadas á escribir algunas otras obras tan notables como las que ya conoce y aplaude todo el mundo. ¡Ojalá no tarde en concluir las y darlas á la escena!

Réstanos decir algo de la vida política del Sr. Ayala.

Elegido en 1857 diputado por la provincia de Badajoz, ha venido casi sin interrupción representándola en las Cortes, si bien apartado de la política activa, hasta los sucesos de 1868. Un solo discurso pronunció en todo ese período de tiempo, y de él queda aún memoria: su objeto fué combatir el proyecto de ley de imprenta presentado por el Sr. Nocedal.

Amigos y adversarios convinieron en que, á semejanza de lo que aconteció con su primera comedia, al comenzar á manifestarse orador se colocó en el punto donde los mejores concluyen.

El papel que ha desempeñado en la revolución de Setiembre todos le conocen. A raíz de ella y encargado del ministerio de Ultramar, tuvo que hacer frente al formidable movimiento separatista de Cuba que estalló por entonces. La perla de las Antillas no dejó de ser provincia española; la historia juzgará qué parte ha tenido en este suceso la política pravisora, prudente y enérgica del que en tan críticas circunstancias se halló al frente del departamento de Ultramar.

.... Al posterí  
L'media sentença....

No otros debemos ser aquí muy parco al tratar de cuestiones políticas, que la índole de este escrito apenas consiente. Aprécielas como se quiera al hombre político; el poeta, el autor dramático, es y será, sin disputa, un timbre glorioso para la nación española.

## D. JOSÉ MARÍA DE BERANGER.

MINISTRO DE MARINA.

El distinguido hombre político que hoy nos ocupa, últimamente elevado al cargo de Ministro de la Nación en el departamento que naturalmente le corresponde por su carrera, nació en Cádiz en 1824.

Fueron sus padres D. Francisco de Beranger y doña Asunción Ruiz de Apodaca, sobrina del ilustre conde de Benedicto, virey de Méjico, tan digno de elogio por el celo y patriotismo con que desempeñó este alto puesto.

Trecos años no más tenía Beranger cuando dió principio á su carrera como guardia marina. Desde este tiempo hasta el año de 1847 en que empezó su primer mando en el Mediterráneo, fueron muchos los servicios que prestó en las Antillas á las cuales salió destinado. Poco después de 1847 le vemos ya en la costa de Galicia como comandante del bergantín de guerra *Constitución*.

Cuando el inteligente y bizarro brigadier de marina Yañez desempeñó una comisión científica en Inglaterra, D. José de Beranger fué elegido para ayudarle con su actividad é inteligencia á la realización de aquel encargo. De vuelta ya en España, el general Armero le envió á inspeccionar la construcción de dos máquinas contratadas con la fragata del nuevo *Valencia* en Barcelona, y las cuales tenían la especial circunstancia de ser las primeras que la industria particular había hecho para nuestra Armada.

Claramente demuestra la inteligencia que desplegó en su comisión el haber sido nombrado á su vuelta para

uno de los cargos más honoríficos en su carrera: el de agente fiscal del Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

En 1853 fué ascendido por elección al empleo de capitán de fragata, y al poco tiempo fué nombrado para el mando de la corbeta *Villa de Bilbao*, notable buque en la época á que nos referimos. Tras años viajó por los mares de la Europa y de la América, desempeñando importantes comisiones y prestando distinguidos servicios, entre los que debe señalarse el de haber salvado á la *Villa de Bilbao* de la catástrofe en que pereció el navio *Sobresano*, dominando el terrible huracán que la corbeta sufrió á su salida de la Habana, y conduciéndola al puerto.

En 1855 fué nombrado primer ayudante del personal del Almirantazgo y en el 57 comandante de la fragata de hélice *Petronila*.

## EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

POR

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuación.)

— Acepto los consejos, respondía D. Braulio, pero no admito los elogios: he sabido que ántes de ayer estuvo usted en Capellanes, lo cual es un escándalo que me pone en ridículo.

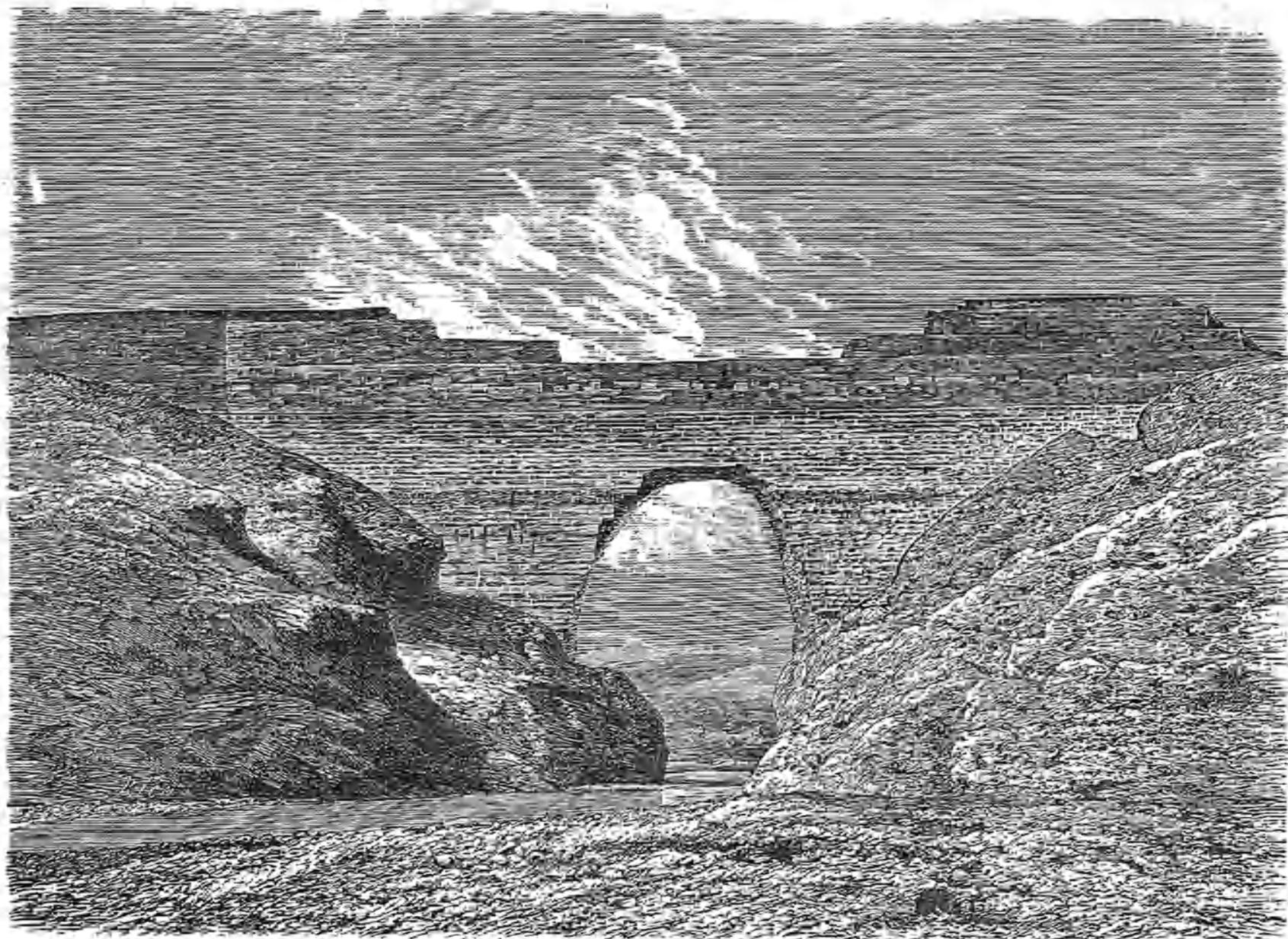
— Le aseguro á Vd. que lo hice completamente distraído... Por cierto que, hablando de otra cosa, debo

— ¡Qué diablo! No señor; el diablo ignora las leyes de ese juego; la torpeza de Vd., amigo mío; no vuelva Vd. á jugar hasta que pueda hacerlo por su cuenta.

Aquí llegaban en su diálogo, cuando Clotilde entró en el salón atrayendo las miradas: era esbelta de cuerpo, áirosa y elegante; negras pestañas velaban sus oscuros ojos, y en su dulce sonrisa se adivinaba que su corazón debía sonreír también como sus labios.

D. Braulio apenas reparó en la recién llegada: Luciano no observó al momento que no venía acompañada de su madre: en otra ocasión le hubiera alegrado el descubrimiento, pero no aquel día en que iba á ser sustituido por su amigo.

— Es preciso, dijo á D. Braulio, que ayude Vd. á Clotilde: no olvide Vd. decirle lo mucho que la quiero, y



PANTANO DE LORCA.

El general Zavala, al establecer en Londres la comisión de Marina que debía servir para facilitar la adquisición de pertrechos, para estudiar los adelantos que en la marina se hacían en aquella gran nación marítima, y para vigilar en los astilleros ingleses las obras de varias fragatas blindadas que á la sazón tenía encargados en los mismos el Gobierno español, eligió á D. José de Beranger para llevar á efecto el citado establecimiento, lo cual hizo correspondiendo plenamente á la confianza en él depositada.

Tomó después el mando de la fragata blindada *Victoria*, con destino á la campaña del Pacífico. Las autoridades inglesas detuvieron este buque, fundándose en las leyes de la neutralidad, y el viaje no pudo realizarse.

Las relaciones que en Londres contrajo entonces don José de Beranger con el general Prim, fueron el primer lazo que le unió con el alzamiento de Setiembre de 1868, al cual contribuyó dando en el Ferrol con la *Victoria* el grito revolucionario.

La consideración de tan importantes servicios y de sus distinguidas dotes le han colocado poco hace en el elevado puesto que hoy ocupa, y en el que seguramente dará nuevas pruebas de su capacidad é inteligencia.

participarle una noticia. Acaba Vd. de perder tres mil reales en el juego.

— ¡Tres mil reales!... exclamó asustado D. Braulio, Usted concluirá por arruinarme.

— ¡Si era la partida en que Vd. siempre juega!

— Pero yo apunto flojo, y en perdiendo cinco duros me retiré.

— Todavía ha sufrido Vd. otra derrota: los amigos de Vd. me citaron en la Perla, para presentarme un jugador de ajedrez norte-americano, á quien pretendían que venciese; yo me excusé lo mejor que pude, pero sin resultado.

Don Braulio, cuya reputación de ajedrecista era europea y había ganado una partida al club de Nueva-Orleans, jugada por el cable sub-marino, tembló al oír á Luciano.

— Hable Vd., hable Vd., que estoy en ascuas.

— Pues bien, después de ganarme el primer juego, el yankee me dió dos torres de ventaja.

D. Braulio sudaba.

— ¿Usted se defendería?

— Todo lo que pude; pero me gané con las dos torres, y luego dándome de ventaja entré piezas, y por último, quedé derrotado en una partida que jugó el norte-americano con sólo sus peones.

Aunque estaban en un gabinete muy concurrido, don Braulio no pudo menos de cubrirse en señal de conflicto.

— Yo creo, dijo Luciano para consolarle, que el diablo intervino en el asunto.

creo conveniente que permanezca Vd. á su lado poco tiempo; en los salones todo se critica.

— Así lo haré, dijo D. Braulio; pero me parece esta noche la primera en que teme Vd. la crítica.

— Sea Vd. expresivo, pero breve; añadió Luciano sin darse por entendido.

Mientras D. Braulio desempeñaba tan delicadísimo encargo, Luciano examinaba atentamente la fisonomía de Clotilde: á cada sonrisa de su novia, su corazón latía de impaciencia; no contenta, preocupada quisiera haberla visto; mil pensamientos absurdos le asediaban. Comprendía que estaba representando el papel más triste que representó jamás hombre alguno, y más de una vez y más de dos estuvo á punto de interrumpir el coloquio, diciendo en alta voz: — «Basta de broma.»

Feliz ó desgraciadamente, una linda morena se acercó al fingido Luciano, con quien habló algunas palabras. Este dirigió á su amigo una mirada desgarradora, y siguió á la joven al piano. Luciano, que comprendió el apuro de D. Braulio, se alegró interiormente por vengarse del mal rato sufrido.

El caso era muy sencillo: Luciano estaba comprometido de antemano á repetir un duo muy en boga, en que tomó parte varias veces, y no habiéndose acusado, por olvido, no había medio de eludir el compromiso. Pero don Braulio no sabía música y el pianista prejugaba. Se impuso silencio; un silencio más profundo que de ordinario: todos se habían propuesto saborear hasta la más insignificante de las notas.

—Estoy ronco, dijo D. Braulio al pianista.  
—Eso no importa, contestó el músico, sacando una cajita del bolsillo: aquí traigo un específico que cura de repente la ronquera.

—Además, he olvidado la música...

—No pase Vd. cuidado: Sofía recuerda bien su parte, y puede Vd. conservar en la mano los papeles.

Don Braulio hizo además otras objeciones que fueron victoriosamente contestadas.

Como había oído cantar el dúo muchas veces, se lo sabía de memoria: así es que se resignó suspirando, confiado en la garganta de su amigo.

Una voz fuerte y desafinada resonó por el salón, y hecho el primer disparo D. Braulio prosiguió con valentía, creyendo en su ignorancia musical que el público le escuchaba con agrado. La tiple, asombrada, trató de seguirle, pero la voz de D. Braulio se había declarado en completa fuga.

El pianista no sabía por quién decidirse y si acompañar á la tiple ó al barítono.

Casi todos los rostros se cubrieron con pañuelos: hubo una dispersión numerosa, y las carcajadas contenidas en el salón se lanzaron en los pasillos inmediatos.

Clotilde estaba avergonzada. Luciano sentado en un rincón se tapaba los oídos. En aquel momento se oyó una tímida palmada: todos los ojos se volvieron hacia el que aplaudía: era un banquero sordo.

El buen sentido de D. Braulio hizo que terminase pronto aquella escena: soltó los papeles declarando en alta voz y con modestia que había perdido el dominio de la voz y la memoria. Los que habían presenciado sus trinitos anteriores, achacaron á alguna preocupación moral aquel extraño acontecimiento.

La tiple estaba furiosa: el banquero se acercó galantemente, para decirle que nunca había oído cantar un dúo con tanta gracia y sentimiento.

Luciano creyó llegado el instante de acercarse á Clotilde. No pudiendo desahogar su corazón con las frases de costumbre, acudió al único recurso que le quedaba: hizo una acalorada apología de Luciano. Clotilde escuchaba al anciano con deleite, pero al observar la animación de sus miradas y el brillo insólito que despedían aquellos ojos antes apagados, experimentaba una turbación incomprensible.

Aunque Herrera procuraba distraerla, la joven observó que el supuesto Luciano conversaba íntimamente con la hermosa vizcondesa del Arco, en un extremo de la sala. Desde aquel momento D. Braulio no pudo obtener una mirada.

El concierto había terminado y la orquesta preludió un wals, á cuyos sonidos todas las jóvenes se conmovieron.

Comprendiendo Luciano el disgusto de Clotilde, pensó en la manera de evitarlo; pero al oír la música, Clotilde, volviéndose al que suponía D. Braulio, le dijo con alegría:

—Es nuestro wals: Luciano dejará por fin á la vizcondesa.

El apuro del joven no podía ser más grave. Quiso avisar á D. Braulio, pero se detuvo un instante, al ver que otro amigo suyo podía unas vueltas de aquel wals á Clotilde.

—Le tengo comprometido con Luciano, respondió la pobre niña.

—Entonces, permítame Vd. que insista, porque Luciano ha olvidado su promesa.

No había medio de escusarse.

Don Braulio se disponía á bailar con la vizcondesa del Arco.

Empezó el baile y Luciano, que no había podido evitar el contratiempo, se sentó tristemente en una silla.

Como era un bailarín de los más intrépidos, las piernas le bailaban al oír aquella música.

El desaire de Luciano hirió de celos el corazón de la enamorada Clotilde. Obligada á walsar en aquella situación, sentía un malestar insoportable.

Hubiera querido llorar, pero el joven que oprimía su cintura, la arrastraba rápidamente por el salón, sin sospechar el estado de su alma: por fin, sus fuerzas se agotaron y dió un grito de angustia.

El baile cesó y Clotilde cayó desmayada.

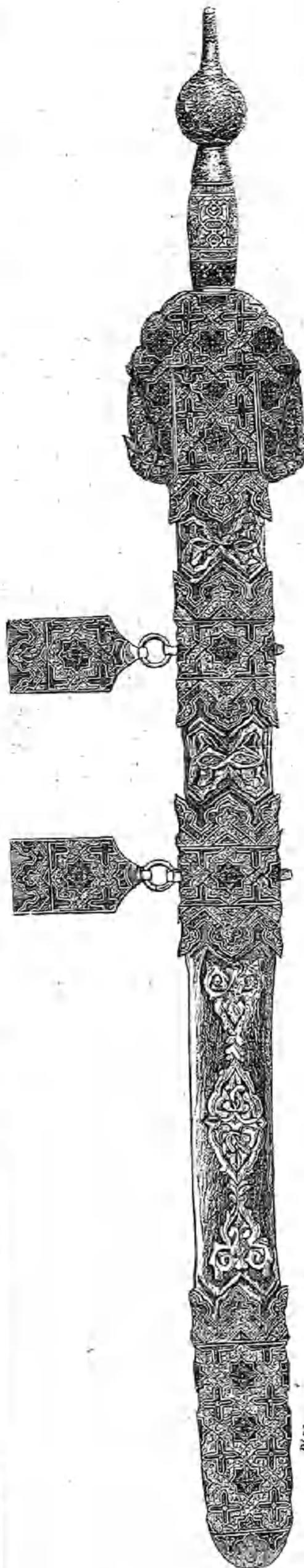
Dos horas después Luciano se presentaba en su despacho pensando en el dúo y en Clotilde.

Don Braulio dormía tranquilamente, y soñaba que el diablo le detenía en una calle proponiéndole una partida de ajedrez.

—Por fin encuentro un adversario digno de mi fuerza, exclamaba D. Braulio aceptando la partida.

Y el diablo le decía de la manera más amable:

—¿Quiere Vd. que juguemos en su casa ó en la mía?



ESPAÑA DE BORDIL.

APITULO V.

CABALLO.

La tarde estaba hermosa.

Una hora hacia ya que rodaban por la Castellana los carruajes de los ministros, cuando empezaron á ensilarse en el paseo coches de azaró, lujosas carretelas, modestas berlinas y ligerísimas arañas.

Desde las calles paralelas, los madrileños de á pie miraban con curiosidad, envidia ó filosófica indiferencia aquella móvil cadena de coches, en que estaban estrechamente eslabonados el descendiente de Lain Calvo con el peluquero enriquecido, el absorto provinciano con el diplomático impassible, el mozo de nacimiento con el académico de la lengua, el banquero y el amante desbancado, el ignorante y la mujer de historia, y el vástago reciente de un noble primerizo con el último y estéril ramo de un tronco aristocrático.

Los coches rodaban; trotaban orgullosos los caballos; las señoras sonreían y los hombres saludaban sólo los cocheros permanecían majestuosamente impassibles en medio de tantos signos de amor, amistad ó coquetería, á menos que algún miserable coche de plaza tratase de ingerirse con cinismo en tan elevada compañía.

—Está Vd. desconocido, Luciano, decía un joven elegante, conteniendo á su hermoso potro con trabajo; decididamente, ¿no puede Vd. moverse?

—Ya le advertí á Vd. que tengo todo el cuerpo dolorido: sólo sus instancias me decidieron á montar; pero le aseguro á Vd. que no saldré del paseo, respondía don Braulio, obligado por compromiso á lucir las dotes de ginete que su amigo poseía.

—¡Bah! Faraon tiene un galope muy cómodo: con algunos minutos de ejercicio entra Vd. en calor, y esta misma tarde daremos unos saltos.

—¡Saltos dice Vd! exclamó D. Braulio todo asustado y fingiendo una voz de moribundo; créame Vd., estoy inútil.

—Ya veo un medio de que aplique Vd. las espuelas á su jaco: precisamente se acerca el carruaje de Clotilde.

—Pues juzgue Vd. el estado de mi salud, cuando evito tan agradable encuentro.

—¿De veras? Entonces le abandono para dar unas carreras: es Vd. hombre incierto. Dentro de media hora le buscaré para retirarnos juntos.

Y picando á su jaco, desapareció á lo largo del paseo.

Don Braulio hizo dar media vuelta al caballo, cuyo genio le habían ponderado, digámoslo en obsequio de su prudencia, después de estar sobre la silla: buscando un medio pacífico de pasar aquella insufrible tarde, murmuraba estas palabras por lo bajo:

—Quisiera saber lo que hemos ganado Herrera y yo con el trueque de los cuerpos: Luciano se aburre dentro del mío, y si bien me le he procurado con el suyo un bienestar puramente físico, en cambio no gané para suetos. Héteme aquí, sin ser ginete, montado sobre un caballo de sangre, en medio de este laberinto: ¿qué haré si el animal, ménos ciego que los hombres, conoce que yo no tengo el alma de Luciano, ó si con un movimiento inadvertido le doy la señal de encabritarse ó de hacer otra clase de ejercicios? ¿Quién se puede divertir á mis años caracoleando en el paseo ó bailando en los salones? Y si al ménos hiciese un estudio del mundo durante mi cantividad... Pero ¿qué me puede ofrecer el mundo que no conozca mi experiencia?

La vizcondesa del Arco, que iba sola en su carruaje, le saludó en aquel instante de una manera expresiva.

—¡Hermosa mujer! dijo D. Braulio; más franqueza en sus miradas, más redondez en sus formas, más brío en su belleza y ménos escrúpulos en su alma: ¡qué juventud tan larga: hace veinticinco años que empezó á ser joven... cuánto la quise! Aún hoy, tal vez sea la influencia del nuevo corazón que late en mi pecho, siento que me interesa su hermosura. Hace tanto tiempo que esos ojos evitaban encontrarse con los míos... ¿Y por qué no he de sacar partido de mi situación? ¿Por qué no he de utilizarme del pacto? La otra noche me manifestaba un interés... Me decido: los carruajes van despacio, y es un medio de pasar la tarde sin peligro.

Mientras D. Braulio se aproximaba al coche de la vizcondesa, Luciano seguía de cerca el carruaje de Clotilde cuanto le permitía su cuerpo fatigado.

—No puedo más, dijo por último, dejándose caer sobre una silla; hoy los coches tienen una ligereza inaguantable.

Y sus ojos se fijaban con insistencia en los rostros bellos, los cuerpos elegantes ó el ademan provocativo de las mujeres que cruzaban por el paseo; ni una sola mirada recompensaba su mudo galanteo: para la electricidad del amor, las arrugas hacen el efecto de aisladores.

En tanto su amigo, colocado junto al estribo de un lujoso coche, bañaba su orgullo en miradas amorosas.

—Herrera, voy á ser franco: aseo mucho este rato de conversacion. Déjale la vicecondesa mirando á Luciano fijamente, pero no se lo agradeció.

—Hace Vd. bien, Amelia. La gratitud sólo nace en afectos tranquilos y vulgares.

—No hablo en ese sentido; y sin embargo, las palabras de Vd. me confirman en mi idea; quien así se expresa, trata de parecer agrato, para inspirar, en vez de sentimientos vulgares, pasiones y arrebatos.

—No comprendo, vicecondesa.

—Pues bien, me explicaré con claridad: en los galanteos de Vd., á que yo me opongo si han de ser útiles, sólo veo un pretexto para inspirar celos á Clotilde y aumentar la violencia de su cariño. ¡Es tan niña! ¡A su edad el corazón está tan tranquilo!

Don Brantio conoció que se trataba de exigirle un sacrificio. La mirada de Amelia tenía una intencion profunda y enoqueladora.

—Siempre la misma, murmuró; cuando el alma nace vieja ó egoísta, el cuerpo vive joven muchos años.

Y añadió en voz alta, pero inteligible sólo para Amelia:

—Dice Vd. bien; un corazón tranquilo ni siente ni padece. Prefiero una mujer sin corazón...

—Tienen sus peligros para un joven.

—Al menos que el joven tenga alguna experiencia...

—Lo cual es muy difícil.

—Pero no imposible: yo por ejemplo, vicecondesa, poseo toda la experiencia de un anciano.

Amelia no pudo contener una alegre carcajada.

—¿De cuándo acá esos alardes de madurez tan atrevidos?

—Desde que puedo justificarme con mi estudio del mundo y mis recuerdos.

Don Brantio se sonrió, y la vicecondesa hubo de bajar los ojos turbada, sin saber á qué atribuirlo: sin embargo repeniéndose, dijo con dulce ironía.

—Confiese Vd. que sus recuerdos han de ser por fuerza muy recientes.

—Usted decidirá: puedo contarla historica, novelas de todas épocas: la última de que me acuerdo debió ocurrir cuando Vd. tenía veinte años: declare, pues, que tal novela no es antigua.

Amelia se mordió los labios, sin abandonar por eso su sonrisa.

—Y ¿es interesante la novela?

—No, señora, dijo Luciano bajando la voz: sólo se trata de una niña caudorosa y un hombre muy enamorado: la escena pasa en la Habana.

La vicecondesa callaba y palidecía...

Lo imprevisto del ataque la hacia perder su serenidad y su aplomo: no obstante, algunas reflexiones volvieron á su espíritu la calma.

—Las novelas cubanas son muy frías, dijo Amelia.

—El desenlace de la mía la va á dejar á Vd. helada.

—Entonces, espere Vd. á que me ponga el abrigo.

—¿Está Vd. ya dispuesta?

—Pero ¿tan terrible es el final de la novela?

—Todo lo contrario: se quedará Vd. fría por el desencanto. Figúrese Vd. que es al siguiente. Cruza en un carruaje una señora bella y elegante: un mulato muy joven, vestido con librea de lacayo, ocupa un sitio del pescante. Las facciones del lacayo son una copia exacta de las facciones de la dama.

Don Brantio pronunció pausadamente sus palabras, observando el efecto que producian en Amelia. La vicecondesa estaba livida.

—Por fin, dijo entre sí D. Brantio, recreándose en aquel odioso espectáculo, por fin he logrado producir una emoción en ese pecho insensible. Por fin me sirve de algo el cuerpo de Luciano. Ahora lo natural es que Amelia procure conquistarme, por venganza.

Y saludándola con ironía, picó distraídamente los hijares del caballo.

[Se continuará.]

## LA SEMANA SANTA.

UNA COFRADIA DE PENITENTES EN PALENCIA.—LA MESA DE PETITORIO EN MADRID.

Todas las ceremonias religiosas del culto católico se han revestido en España de un carácter peculiar del país. Las de la Semana Santa, en que los fieles conmemoran la Pasión y Muerte del Redentor de los hombres, son, sin

embargo, las que por su índole grave y su solemnidad dramática asuntada se han prestado más á ser representadas con ese lujoso é imponente aparato, propio para herir y exaltar la imaginacion de un pueblo más impresionable que reflexivo.

El trascurso del tiempo, debilitando por una parte el fervor religioso y modificando por otra las costumbres, ha contribuido poderosamente á borrar en algunos puntos los vestigios del pasado, haciendo desaparecer mucho de aquello con que la piedad de los fieles reunidos en corporaciones parece como que añadia un comento con sus puntas de teatral y profano á los ritos siempre solemnes y graves de la Iglesia. No obstante, basta fijarse en las diferencias que se notan durante esta época entre los centros de mayor movimiento y vida, y los que siguen lentamente la evolucion social y política moderna, para conocer que esta trasformacion tardará mucho en operarse por completo, aunque esté iniciada y se vea claro el camino que ha de recorrer antes de llegar al fin que se propone.

La *Cofradía de penitentes* en Palencia, y la *Mesa de petitorio* en Madrid, señalan los dos puntos más culminantes del estudio que se podría hacer sobre este particular, no ya somera y ligeramenta en las columnas de un periódico, sino concienzuda y detenidamente en las páginas de un libro.

La cofradía es la escena fantástica de un drama conmovedor y terrible: la mesa de petitorio un cuadro de costumbres elegantes y modernas. En la una el natural ofrece contrastes de luz vigorosos y silueta: extrañas como las que sólo se contemplan en la vision de un sueño; en la otra todo entra en el dominio de la vida real y es conocido y visto.

El diverso carácter de dos épocas muy distintas se revela, al aproximarlas, al ménos dado á sacar este género de deducciones del estudio de las costumbres. La exaltacion religiosa, en la que tras su origen de siglos pasados, sólo se propone reavivar la memoria del sangriento drama de la Redencion del mundo, imponer con la representacion de sus terribles escenas, vestir con formas inusitadas y solemnes que han de infundir terror y piedad y pavor, la idea cristiana, cuya expresion más genuina era la catedral con sus líneas extrañas, sus sombras y su misterio.

Un propósito santo, pero más calculador y positivo, en armonía con la índole de la época actual, utiliza hoy en provecho de la miseria la piedad de los fieles, y la caridad, siempre ingeniosa, no sólo pone en estos días á contribucion en las mesas de petitorio el impulso del alma compasiva, sino que hace pagar tributo á los mismos vicios y ridiculizas sociales, como el orgullo, la vanidad ó la moda.

B

## REVISTA CIENTÍFICA.

He aquí la dificultad prevista; el mundo político, el literario, el artístico, la critica de costumbres, todo ofrece interés en nuestra patria, y todo se presta á una mirada exploradora; la ciencia sólo es la que se mantiene ajena á todo progreso.

¿Qué se ha publicado en este mes? ¿Qué trabajo científico merece nuestra consideracion hoy? Las Academias de ciencias siguen tranquilas: las luchas de las diferentes escuelas que contendían el dominio de la verdad, ceden ante el peso de una indiferencia y desamor que todo lo consume.

De cuando en cuando aparecen muestras de esfuerzos impotentes: nada excita la curiosidad científica, porque nada revela un movimiento serio á que dé lugar el estudio de un fenómeno últimamente llevado á la arena de la investigacion.

Como el pensamiento no descansa, empero, como la razon vive perpetuamente agitada, y se reproduce en todos los países un reflejo de la vida universal de la inteligencia, España no está sin embargo tan lejos de un mejoramiento científico.

¡Ojalá estuviere en más intimidad! ¡Ojalá tambien no vivieran tan ignorados los esfuerzos laudables de algunos compatriotas nuestros, que honran su nombre en otras naciones!

Bien sabido es que Orfila, el gran genio de la medicina legal, rivalizó en progresos con el célebre Du-Roi en París. Hoy nuestro naturalista González Hidalgo declara hasta qué punto hay que buscar acogida más lisonjera que la que en la madre patria se presta á ciertos adelantos.

Verdad es que Francia es el país privilegiado para acoger teorías que ella difunde. La lengua de Buffon

puede ser escasa; escasa la de Laplace, Biot y Berthelot; pero estos y tantos otros nombres ilustres revelan que esta lengua es capaz de anunciar al mundo culto los tesoros que descubre cada día nuestra exploradora razon.

El Sr. Hidalgo publica ahora en París sus investigaciones sobre la conchiliología. En el *Journal de Conchylologie* publicado bajo la direccion de Mr. H. Cross aparecen sus trabajos, y hace poco que en la impranta de la viuda Roughead-Hazard se ha publicado el extracto y catálogo de uno de ellos.

¿Qué trabajos científicos son estos? ¿Hasta qué punto son importantes?...

Inocente pregunta la nuestra! Si, como dijo Jesús, el legislador por excelencia: "no pase un punto, y ni lo grande ni lo mínimo dejen de considerarse en la perfeccion moral;" ¿con qué razon no hemos de creer importante lo grande y lo mínimo en las ciencias naturales?

Y acaso más: los eslabones que forman la cadena de estas ciencias, ¿no son igualmente necesarios?

Linneo que recolecta flores, y Cuvier que reúne esqueletos, y Rhiel que combina cráneos, ¿no suman equivalencia de progreso científico?

Así, pues, hemos de considerar importantes estos trabajos de conchiliología hechos por el Sr. Hidalgo.

Precisamente el estudio malacológico está á la órden del día entre los naturalistas, debiéndose recientemente trabajos notabilísimos á todas las Academias de Europa hace poco en este ramo de las ciencias naturales.

El tipo de moluscos ha aumentado sus clases, y una obra publicada en Inglaterra (*Jeffreys, British Conchology*) revela descubrimientos importantes hechos en las aguas que rodean aquel país.

Todas las observaciones que se hagan en este tipo son pocas, atendido á que hay algunas clases, como la de los gasterópodos, cuyas sustancias son tan útiles para la patología médica, la helicina por ejemplo; y la de los acéfalos testáceos, que tienen alimentos tan generales como las ostras y almejas, y objetos de riqueza como los de la madre-perla, que tanto abunda en el golfo Pérsico y en el mar de Ceilan.

El estudio de la conchiliología es tan vasto, que hay periódicos dedicados exclusivamente á él, y en uno de éstos es donde el Sr. Hidalgo hace conocer sus observaciones sobre los moluscos recogidos por la comision científica española que hizo la expedicion al Pacífico.

El Sr. Hidalgo dice: "Aun cuando esta expedicion ha sido ejecutada en malas condiciones con respecto á los individuos de la comision, ésta ha traído colecciones generales bastante numerosas, constando la malacológica de 600 especies representadas por unos 40.000 ejemplares."

"En la actualidad el gobierno español ha dado recursos para empezar la publicacion de los moluscos del viaje al Pacífico, y se hallan en prensa las partes relativas á las conchas terrestres y bivalvas marinas. Sin embargo, me ha parecido conveniente dar este catálogo ó reseña abreviada, porque la obra española tardará algun tiempo en salir á luz, necesario para la ejecucion de las láminas que han de acompañarla, y porque en ella no irá mencionadas algunas especies que han sido recogidas por D. Patricio Paz en sus viajes particulares por la América meridional."

Hace tambien mencion de los trabajos hechos por otros naturalistas: los de Moricand, Spix y Wagner, en el Brasil; los de Orbigny, en diferentes puntos de la América; los de Cuming, en las costas del Pacífico; los de Philippi, Hupé y Morlet, sobre las especies recogidas en Chile y el Perú por Castellan, Raimondi y Augrad.

No es esto sólo el trabajo que nuestro naturalista da á la estampa en París. Como todos los amantes de la verdad que presienten la honra de aumentar el catálogo de hombres científicos con su nombre, cuidase muy especialmente de que se cumpla el fin de universalidad que tiene la ciencia; y así cuando las prensas de París le han acogido sus trabajos, Academias como la malacológica de Bélgica y la de ciencias de Filadelfia le han recibido en su seno.

En España ha publicado tambien el Sr. Hidalgo unos elementos de Fisiología é Higiene, conformes en método y exposicion con la obra de Beciard, que sirve de texto en nuestras escuelas medicas.

La última edicion de esta obra acaba de aparecer, y es de sentir que no habiendo en España ningun tratado serio de Fisiología, como aunque imperfectos tenemos de Anatomía los tan conocidos y antiguos de Visco, Martinez, Lucaba y Bossassa, es de sentir, decimos, que el Sr. Hidalgo no nos diera una prueba de que en nuestra patria hay tambien los Claude Bernard, Berli y otros que tanto abundan en el extranjero.

Dejamos ya al Sr. Hidalgo con este consejo de interés

patriótico, y felicitarémos al ayudante del Observatorio astronómico de Madrid, Sr. Ventosa, por su importante observación de las manchas solares.

El cálculo científico tiene mucho de superior, de extraordinario; la vista del astrónomo alcanza millones de leguas más que la vista vulgar, y el rico producto de sus investigaciones se extiende hasta la generación más remota.

Así con motivo de haberse notado por nuestros astrónomos aquellas manchas en el astro del día, se han agitado de nuevo en el mundo sabio un sin número de interesantes problemas acerca de la constitución física del sol; pero el vulgo, que siempre juzga desfavorablemente los fenómenos de la Naturaleza, superiores á su comprensión, obrita el triste temor de que es funesta para nuestros descendientes la presencia de esas manchas.

Si esas manchas, dice el vulgo, proceden de una pérdida sensible de la fuerza luminosa del sol; si esta disminución continúa en progresión geométrica, según la ley que rige á todos los fenómenos, ¿qué será del sol? No llegará un día en que la debilitación se extienda y falte el calor y la luz al padre de nuestro planeta, cesando en éste también inmediatamente aquellos beneficios que son el principio vital de cuanto entre nosotros tiene existencia animada?

Sea nuestro propósito hoy propinar á estos temores una tranquilidad absoluta.

Las manchas del sol, según la teoría más plausible, son enormes cavidades que se forman en la fotosfera de este astro por las reacciones químicas que se verifican en las materias ígneas que le constituyen, y han existido eternamente, no obstante haberse descubierto el fenómeno por vez primera por Juan Fabricio en el siglo XVII, precisamente en la misma época en que Galileo aplicó el telescopio á las observaciones astronómicas.

Este fenómeno, pues, como inherente á la naturaleza del sol, continuará exhibiéndose siempre en lo sucesivo; y en lugar de ser un síntoma de muerte para el astro rey, es por el contrario un testimonio irrecusable de vida que demuestra la agitación violenta en que se encuentran sus elementos constitutivos, y por cuyo medio se sostiene en un estado perpétuo de conflagración.

Otro fenómeno extraordinario ocurre en el sol en algunas épocas, haciéndole perder su brillo hasta el punto de ser visibles las estrellas en medio del día. Así sucedió en 1547 por espacio de tres días completos; y en los años de 1600 y 1203 se verificó también este fenómeno, con la diferencia de que en el primero duró la oscuridad tres horas y seis en el segundo.

Estos fenómenos no pueden referirse ni á las neblías, ni á las cenizas volcánicas, ni á la debilitación de la luz solar, como han supuesto algunos astrónomos.

Kepler, con aquella clara intuición que tanto le distinguía, creyó primeramente que eran ocasionados por la interposición de una sustancia cósmica, y después por una nube negra que suponía formada por emanaciones insignificantes provenientes del cuerpo mismo del sol.

Cladni y Schumacher los han atribuido posteriormente al paso de materias meteóricas por delante del disco del sol, cuya hipótesis ha adquirido en nuestros días cierto grado de verosimilitud desde que Humboldt, Biot, Olmsted y otros sabios han considerado á los aerólitos como un enjambre de corpúsculos planetarios que forman alrededor del sol y próximamente á la misma distancia de aquel astro que la tierra un inmenso anillo, el cual, en virtud de su movimiento de traslación, se interpone en algunas ocasiones entre el sol y nuestro planeta, causando en este lumínico, á semejanza de un eclipse, los misteriosos fenómenos que hemos consignado.

Esta teoría, que en nuestro sentir es la más racional, está generalmente admitida por los observadores de la Naturaleza.

Entramos en otro género de consideraciones y hagamos mención de un libro publicado recientemente que lleva por título *Manual de análisis químico, aplicado á las ciencias médicas*, por D. Juan Ramón Gomez Pamo.

El autor se presenta modesto llamando Manual á su libro, y así en efecto corresponde el libro á su título, por ser una colección de observaciones basadas en hechos y recogidas de un laboratorio.

El asunto es de gran interés, y el fin á que se dirige de gran trascendencia.

Hace mucho tiempo que viene sintiéndose una reforma general del plan de estudios en la carrera de medicina. Las facultades de Ciencias, Farmacia y Medicina tienen tal conexión; son tan indispensables los conocimientos de cada una de ellas, que el atraso de todas procede de no tenerse en cuenta toda la importancia de sus aplicaciones prácticas.

No basta al médico un extenso tratado de Patología y

de Terapéutica para poder conocer las propiedades de ciertos cuerpos y las modificaciones que sufren.

Un estudio de química patológica es absolutamente necesario, y es por ende también una de análisis química.

Sucede con frecuencia que la acción de un medicamento es débil, sucede también que es opuesta al objeto que se destina; ¿en qué consiste? en que entrando en combinación ese cuerpo con otros residentes en el estómago, por ejemplo, da antes de su acción terapéutica una acción química, resultado de la mezcla que se verifica con la sustancia de otros cuerpos.

La análisis química que tanta importancia tiene en la aplicación de las necesidades humanas, la tiene aquí muy trascendental.

El Sr. Gomez Pamo se fija en la necesidad de conocer los componentes de cada porción que forma nuestro cuerpo.

Así es verdad; conviene este estudio, ¿pero no es elementalísimo? ¿Qué diríamos del médico que no conociese después de una emisión sanguínea qué cantidad de fibrina, por ejemplo, debía haber proporcionada á la naturaleza del estado de morboso?

¿Cómo puede á ciencia cierta diagnosticar un médico el estado de un paciente, sin un conocimiento firme de esos cuerpos que se presentan en agregación de partes, para descubrir la sintomatología que dé lugar al diagnóstico?

El *Manual* del Sr. Gomez Pamo no va tan lejos como es de esperar vaya si perseverando en su estudio hace un tratado en el que se toque este asunto; no basta un análisis del agua natural y de las diferentes combinaciones con que brota en ciertos manantiales, condiciones de agregación de sustancias que hacen de ellas una propiedad de objeto médico; no basta el análisis de líquidos y tejidos de la economía animal y el de algunos medicamentos generales; no basta el brevisimo compendio, ó resumen de Toxicología que le acompaña; es necesario más: dada, por ejemplo, la división de ciertas medicinas, averiguar cuáles son las más eficaces y en qué casos y cómo pueden obrar mejor, y á qué combinaciones de fuerza médica se prestan. Abraza el joven doctor el campo inmenso que de resolución á estos problemas: en lo sucesivo, siendo de horizonte más difícil la farmacia que la medicina, sea el observador químico-farmacéutico el que presta un contingente de descubrimientos que han de aumentar el dominio de la terapéutica.

En otro tiempo, sabe el Sr. Gomez Pamo, toda la medicina consistía en remedios, y todos los remedios en la aplicación de ciertas hojas ó raíces de las plantas generalmente conocidas.

Los antiguos traductores de la magia natural tenían lo que llamaban la quinta esencia de los cuerpos.

Para el siglo XIX no hay más quinta esencia que el análisis y el extracto.

El extracto acuoso, el extracto alcohólico, y otros; el acetato, hidrocloreto, el óxido, el sulfato, etc., todos estos modos de ser de ciertos cuerpos comprenden hoy nuestra química terapéutica.

¿Qué punto de partida hay que elegir para verificar un progreso en ese estudio?

Para no ser más extensos en nuestra revista, evitamos nosotros designar las abundantes fuentes de estudio donde hay que recurrir.

Desde Berthelot, que empieza á organizar, hasta el genio ignorado del porvenir que haga las aplicaciones, no de una química orgánica, sino de otra ciencia acaso desconocida hasta hoy, ¡cuántos esfuerzos han de hacerse, y cuánto hay que progresar!

Allí está el camino de la gloria: levanted vuestra frente; fortaleced vuestra voluntad; preparad vuestra razón, y emprendedle.

JOSÉ GERRERO MONTE.

## EL PIÉ.

Decididamente, no hay cosa alguna que pueda mejor dar pie para escribir un artículo, que el tema epigráfico del presente.

No puede tampoco negarse la importancia del asunto, y que es base principal de la sociedad, digno por tanto de que en él nos ocupemos con singular preferencia.

Vehículo principal de la actividad humana, la conduce por sus pasos contados á los varios fines para que ha sido colocada en este humilde planeta, denominado Tierra, y sin él sería el hombre como los árboles y las rocas, una masa inerte, pegada al sitio donde hubiera nacido.

Si el individuo animal racional, llamado hombre, estuviera falto de tan importante miembro, ciertamente no ofrecería uno de los rasgos más característicos para conocer su parte moral.

Esto, á primera vista, parece un despropósito, y no obstante, recapacitándolo bien, es una verdad de puño cerrado.

Cuando queremos juzgar á una persona, procuramos desde luego ver de qué pié cojea, y una vez observado, tomamos pie de allí para decir que fulano es hipócrita, ó libertino, ó vanaglorioso, ó que cojea de la cabeza, etc.

Aparte de esto, el pié, bien examinado, es una segunda fisonomía que nos da la medida exacta del individuo, y si el rostro es el espejo del alma, el pié es por lo ménos un cristal que de repuesto tiene aquella por sí se le quiere ó empuja el del espejo del rostro.

Imaginémonos si no un pié diminuto, con una curvatura en el empeine suave y graciosa, como la de las hojas del lirio, de planta estrecha y breve; supongámonle cándido y trasparente como Fidas le hubiese modelado de un trozo de mármol pálido, y nada más con aquel dato, con aquel estropeo, como diría un pintor, reconstruyémos en la fantasía la figura entera de una mujer hermosa, inocente y pura como las ondinas de los cuentos del Norte.

Pero incrustémosle ese pié en un zapatito de raso blanco, adornémosle con un espumoso lazo de cintas, y al verla realizar aseo, fugitivo, imperceptible casi, sobre las mullidas ondulaciones de la alfombra, arrebatado por las voluptuosas vueltas de un vals, la mujer poseedora de aquel pié se nos presentará vivaracha, inquieta, apasionada y ardiente, y adivinaremos en su rostro el fuego que anima su corazón.

¿Nos dará la medida de una mujer hermosa, de imaginación ardiente y novelesca, un pié porrazosamente sumido en unas zapatillas de orillo, con cuya deshilada oridumbre juegue un gatazo de Angola, al calor de una chimenea? Nunca!

Es un día de invierno: Madrid, envuelto en el sudario de un neblado impenetrable, oye durante horas y horas el monótono chasquear de la lluvia y de las cañales; sus calles están cual no digan dueñas de todo y todo género de inmundicias; entonces, en la travesía de una de ellas, divisamos unos piés, que avanzan de puntillas y vienen engastados en unas botitas apretadas y gallardas, que después de guatear el empeine y tobillo, empiezan á arbir atrevidas hasta un tercio de la pantorrilla, en donde juguetean unas borlas, que son como la lengua que nos dice: este pié que yo adorno, es el de una mujer vivaracha, alegre y juguetona, como el movimiento de mis flecos; reparad, si no, la coquetería del de sus piés, que van marcando pasos de baile, resonando unos taconitos de tres dedos, agudos casi como una flecha, y que pudieran servir de cascax á las del niño ciego; aquellos tacones acaso den principio á la esbelta figura de una graciosa modista; pero pueden también concluir en la erguida frente de una aristocrática dama, á quien un chubasco repentinamente ha sorprendido fuera del carruaje.

¡Oh, amantes! ¿No os ha sucedido alguna vez esperar inquietos á una mujer amada, en una alameda solitaria, en un sitio misterioso y oculto á las miradas de los indiscretos, y no llegar el objeto de vuestros afanes, y entonces interrogar ansiosos al polvo de la tierra para ver si guardaba estampadas las huellas de unos piés idolatrados? Pero, ¿qué digo en un bosque solitario? Eumodio del paseo de la Castellana ó en el salón del Prado conocería un instante, sin vacilar, las huellas de su amada. Es que los piés hablan elocuentemente, es que aquellas señales son para él tan claras y retratan tan perfectamente á la mujer que busca, como una fotografía de Otero ó de Julia.

¿Qué gran retrato hace de su alma mezquina y miserable el hombre afeminado que á la vuelta de una esquina, ó en el descanso de la escalera, sacude y brinde cuidadosamente el charol de unas botas, que son martirio de su cuerpo, sólo por lucir en todo su esplendor el pié en que cifra su vanidad!

¿Con qué imbécil fatuidad las contempla! Diríase que quiere ver su rostro en el acedado charol, como Narciso en los cristales de la fuente: decidme si un aquel hombre no está el espejo del alma en su pié mejor que en las facciones de su rostro.

La vanidad empieza por los piés; por eso es la base de las miserias humanas, como que fué el primer pecado, el pecado original: por vanidad, por saber tanto co-Diós, mordió nuestro padre Adán aquella amarguísima fruta.

He dicho que la vanidad, primer pecado, empieza por los piés; observadlo bien: el día en que el infante, desenvolviendo sus piés de las enfiadotas mantillas, calza por primera vez los zapatitos, que son el encanto de

su madre, aquel día el niño está tan contento como chico con zapatos nuevos.

Pero ¡qué mucho, si los pies son los que caracterizan la raza humana, diferenciándola de toda especie de animales; y por eso Platon, el divino Platon, el primer filósofo de la antigüedad, al definir el hombre, dijo que era un *bipedo implume!*

Los pies sirven al hombre, entre otras cosas, para demostrar su regocijo, y brinca de gozo, cuando no baila de contento. ¡Ahí no es nada el baile, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos!

El santo rey David, el amante de Bettsabé, el autor de los *Salmos penitenciales*, creyó que de ningún modo podía honrar mejor al Dios de Sinat, que danzando delante del arca de la alianza, como en otro tiempo las doncellas de Judea salieron a recibirle con danzas, para festejarle por su triunfo sobre aquel gigantazo de Goliat.

¡El baile! Si hubiéramos de recorrer su abolengo, trayéndole paso á paso, ¡qué cosas no diríamos de él, áun cuando no hablásemos más que del *turdion* y la *grave parava* que bailaron nuestros mayores, allá por los tiempos de Felipe III, ó la *revuelta sarabanda*, émula del *cancion* de nuestros días, ó ya fuesen el *menúé* y la *alemanda*, en que tanto se lucieron chupas y peluquines, ó nada más el *rigodon* de nuestros salones y las *habaneras* de Capellanes!

La poesía, *divina poesía*, se ha servido también de los pies para medir sus cadencias, y si le preguntáis, os saldrá al encuentro con sus dactilos y sus espondeos y con sus versos de pié quebrado.

¡Queréis que un poeta se sienta inspirado y que el rubicundo Apolo hinche de números su magin? pues dadle pié; un poeta sin pié es una campana sin badajo; no suena.

El pié es una de las cosas que más á mano ha tenido siempre el hombre: cuando se lanza á cualquiera empresa desea siquiera *entrar con buen pié*, y para conseguirlo pone *pié en pared* y lleva todo el mundo *en un pié*. Desgraciado de él si tiene un mal *paso*, da en un *tropiezo* y se lleva un *pié*, porque entonces todos le dan por el *pié*, y consiguen echarle por los *piés* de los caballos.

Los antiguos tenían por pésimo vaticinio dar un tropezon al salir de su casa: á propósito de esto cuéntase que cuando el anciano Malesherbes era conducido á la guillotina dió un tropezon, y entonces, volviéndose con semblante jovial á uno de sus acompañantes, dijo: «¡mal agüero! un romano se hubiera vuelto á casa.»

¡Y qué diremos del uso que el hombre hace de sus piés, cuando se encoleriza con alguno de sus enemigos? Un bofeton, cosa es sabida, es una ofensa, por decirlo así, caballeresca, noble casi, y de ella se origina un lance de honor, que enaltece al abofeteador y á la víctima; pero un puntapié humilla de tal modo, que al que le recibe le inhabilita por completo á los ojos de la sociedad.

¡Claro! Un bofeton se da cara á cara, pero un puntapié denota que quien le recibe huye del peligro; un bofeton viene á dar en la parte más noble del individuo, en el rostro, pero un puntapié... ¿dónde se recibe un puntapié?...

Poro ¡á qué fatigarnos en demostrar las excelencias de los piés, si son tales y tantas, que sobre ellas pudieran escribirse más volúmenes que contenia la biblioteca de Alejandria?

Dejémoslo aquí; pero antes de hacerlo, ¡oh lectoras! quiero que conste que en mí tenéis el más apasionado y seguro servidor, que vuestros *piés* besa,

JULIO MONREAL.

### EL PANTANO DE LORCA.

Gran número de arroyos que bajan de las sierras del Chiriviel afluyen al término de Lorca, y nutren con sus bienhechoras corrientes el rio Guadalantín, que recoge también y precipita su curso con las aguas de los de Luchoena, Turrilla, Nuble y otros.

El raudal del Guadalantín no es, sin embargo, abundante, y apenas bastaba á satisfacer la sed de muy escasos terrenos en la gran extension de los que aquel término comprende; así es que á fines del siglo pasado se proyectó la construcción de dos grandes pantanos; uno en el sitio del Castillo de Puentes y otro en el de Valde-Inferno, con cuyos nombres son conocidos.

Las obras dieron principio en el año de 1783; ascendiendo á una suma de muchos millones los productos que procuró el primero á la agricultura y al Estado.

Aquellos trabajos, merced á los cuales se había logrado beneficiar grandes tierras de secano, fueron inutilizados en 1802 por una terrible desgracia. El pantano re-

ventó por el centro de su muro, como puede verse en nuestro grabado, causando destrozos considerables en muchas leguas á la redonda.

La recomposición de este pantano ha sido siempre considerada como una obra difícilísima y de extraordinario coste. Es de esperar, sin embargo, que Lorca vea realizado algun día uno de los beneficios cuya necesidad é importancia es allí generalmente reconocida.

### EL PENDON DE GUERRA

DEL

GRAN CARDENAL MENDOZA, Y LA ESPADA DE BOADDIL.

Mientras sobre las almenas de la torre Bermeja se alzaba la cruz que aún hoy se conserva en la catedral de Toledo, y flotaba al aire el estandarte de Aragon y Castilla junto al pendon de guerra del gran cardenal Mendoza, el último rey moro de Granada entregaba á los Reyes Católicos, en señal de sumision, las llaves de la ciudad morisca y la espada que no habia servido para contrarrestar el valor castellano á aquel de quien su madre dijo con gráficas palabras que ha conservado la tradición: *¡Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre!*

¿Qué página de historia más elocuente podria escribirse que aproximar, como lo hacemos hoy, en las columnas de nuestro periódico, esos dos trofeos de la gloria de nuestros padres?

El arte completa en ambos la idea histórica y hace más comprensible la muda leccion que ofrecen. Por la espada se hizo el árabe dueño de nuestro país: la espa-

da de filigranada labor representa á aquel pueblo en el contraste que ofrecemos. La idea venció á la fuerza; la idea de unidad simbolizada en la religion, que llevaba sus consecuencias unitarias á la autoridad, á las leyes, al territorio. Su emblema es un girón de tela con un signo misterioso; el signo de redencion y vida bordado en él, con la figura de la cruz.

Todos los países, pero el nuestro más que ningun otro, ofrecen al artista y al pensador tesoros de formas y fecundos manantiales de ideas en esos objetos que completan la enseñanza de la historia. Buscarlos, reunirlos y ofrecer con su reproduccion ancho campo á la fantasia y al estudio, es la mision de las publicaciones ilustradas.

El pendon azul con la cruz de Santa Elena que precedió al gran cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza en la conquista del reino granadino, último baluarte de la dominacion sarracena, se encontraba hasta hace poco en el magnifico hospital de Santa Cruz de Toledo, fundacion del citado personaje, y hoy se ve pendiente de la hermosa reja de preciada labor platerasca que cierra la capilla mayor del templo de San Pedro Mártir de la misma ciudad.

La espada de Boabdil, vinculada en la casa del señor marqués de Villaseca, en memoria de la activa parte que tomaron sus antecesores en la conquista de Granada, se conserva con la debida estimacion en su armería.

Nuestros lectores creamos que verán con gusto el afán con que procuramos cumplir la tarea propia de una Ilustracion española, dando á luz objetos nunca bastante conocidos y doblemente apreciables por su mérito artístico y su importancia históricas.

B.

### JEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

Solución al jerooglífico anterior: EL SUEÑO ES LA IMAGEN DE LA MUERTE.

## LA ILUSTRACION DE MADRID.

### BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los dias 12 y 27 de cada mes, Cada número consta de 16 páginas, con grabados *esclusivamente españoles*, intercalados en el texto.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Tres meses.	32 reales.
Medio año.	48 "
Un año.	80 "
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	36 "
Six meses.	56 "
Un año.	100 "
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	85 "
Un año.	160 "
AMERICA Y ASIA.	
Un año.	240 "
Cada número aparte en Madrid.	4 "

### PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacquería de las Cuatro Calles, Librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Barric, Corredora Baja, núm. 29.

PROVINCIAS.—En las principales librerías.

### ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL INPAICIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Tres meses las dos publicaciones.	32 reales.
Medio año.	53 "
Un año.	100 "
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	36 "
Medio año.	60 "
Un año.	110 "
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	90 "
Un año.	180 "

NOTA. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correo. Agente exclusivo en las islas de Cuba y Puerto-Rico, la empresa de La Propaganda Literaria.